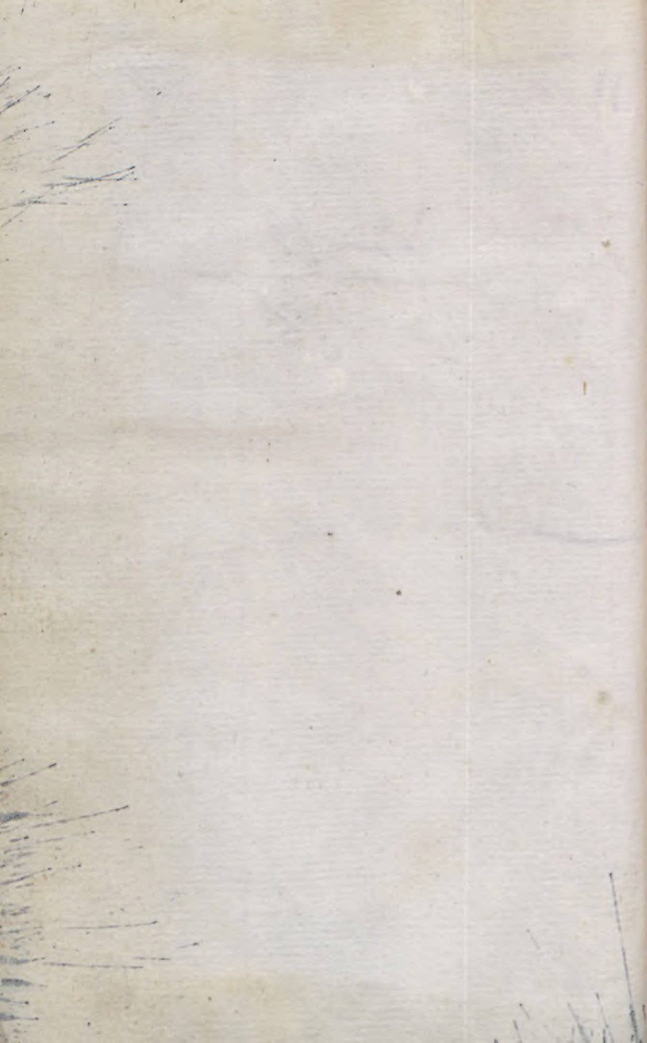




# MACLOVIA

Y

# FEDERICO.

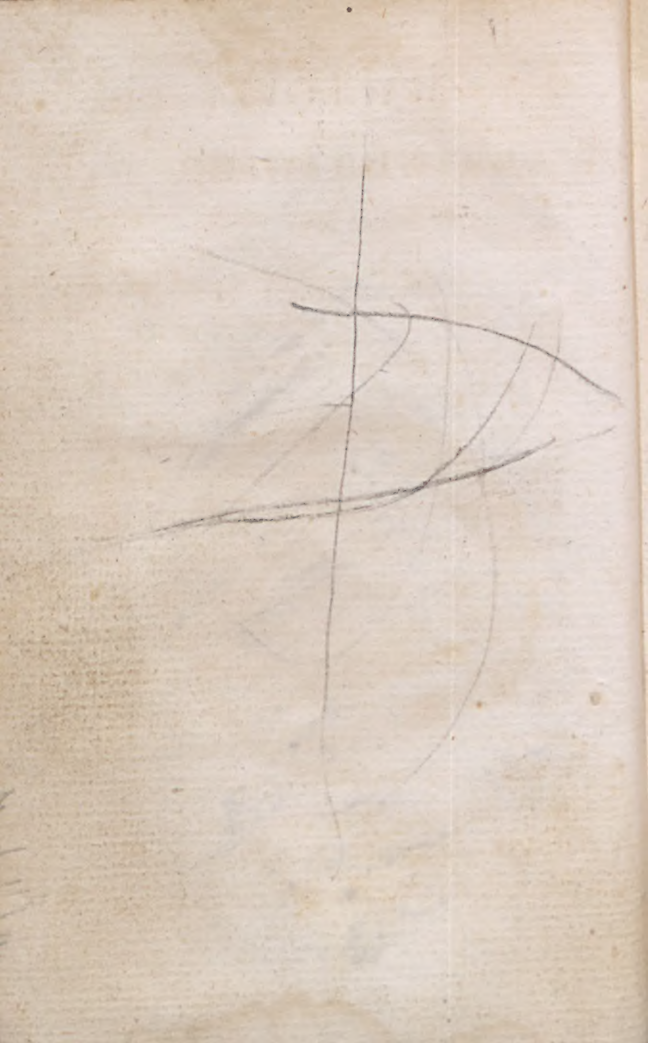
*Se hallará de venta en la librería de Domingo, calle de Caballeros, número 48; y en Madrid, en la de Barco.*

# MACLOVIA Y FEDERICO
Ó
## *LAS MINAS DEL TIROL*

Anedocta verdadera:
*traducida del francés*
POR
*D. J. S. Y.*



*VALENCIA*
*Por Ildefonso Mompie*
*1816.*



# MACLOVIA
# Y FEDERICO,
## ó
## LAS MINAS DEL TIROL.
### ANÉCDOTA VERDADERA.

Entre las hermosas jóvenes que brillaban en la corte de Viena en el reynado del emperador Francisco primero, Maclovia, hija única del príncipe de B... se llevaba la preferencia; unia á sus facciones, perfectamente proporcionadas, la fisonomía mas expresiva y mas interesante; pero su padre, mas lisongeado del brillo exterior de sus gracias que sensible á las virtudes de que la habia dotado la naturaleza, no

pensaba sino en realizar los grandes proyectos que habia concebido, y la sacó de la casa de campo de una tia suya, en cuya compañía estuvo desde el fallecimiento de su madre, para casarla ventajosamente.

El príncipe de B... orgulloso con su ilustre nacimiento, egoista, vano y vigilante cortesano, conocia solamente una pasion, á la que habia sacrificado todo constantemente; esta era la ambicion. Viudo, dos años hacia, de una princesa parienta de la emperatriz, reflexîonaba con complacencia, que la hija que le habia dexado podia aspirar al mas elevado himeneo; y el jóven príncipe de Spigmarck, generalísimo de las tropas del emperador, y su privado, era el esposo elegido para Maclovia. Una fortuna inmensa, y una privanza de que hasta entónces habia pocos exemplos en la corte de

Viena, colocaban al príncipe de Spigmark en las primeras gradas del trono: todos los cortesanos doblaban la rodilla delante del ídolo del dia, y el príncipe de B... no excusando cuidados ni baxezas, consiguió hacerse distinguir entre la multitud; el favorito, lisongeado de ver á uno de los principales señores de Alemania, deseoso de agradarle, hablaba de él con mucho elogio al emperador, y le nombraba para todas las juntas secretas del gobierno. Francisco primero, uno de los mejores soberanos de Alemania, afable, suave, generoso, era verdaderamente padre de sus vasallos, y este anhelo paternal se extendia con preferencia sobre las personas que tenian el honor de rodearle. Su predileccion para con el jóven príncipe de Spigmark tocaba en debilidad; hacia mucho tiempo que habia tomado la costumbre de no rehu-

sarle cosa alguna, y la emperatriz María Teresa se regocijaba en añadir testimonios de su benevolencia particular á las bondades de que el emperador colmaba á su favorito.

Maclovia, conducida á Viena, dexó su retiro con los ojos bañados en lágrimas, y estas se aumentaban quando comparaba la cariñosa indulgencia, la afabilidad, y la bondad de su amada tia, con la altivéz, la dureza de su padre, y el tono absoluto con que la mandaba obedecer. Ay! esta obediencia no estaba en su poder; su corazon era irrevocablemente del conde Federico de Walberg, y hubiera preferido la muerte á solo la idea de entregarse á otro que á él. Sin embargo, obstáculos insuperables pudieran haber hecho prever á la muy confiada Maclovia, que el objeto de su eleccion jamás seria el mismo que el de su padre. El conde de

Walberg, huérfano desde su niñéz, gozaba de grandes riquezas, mas su nacimiento le alejaba para siempre de la ilustre hija del príncipe de B... Era nieto de un comerciante, creado conde del Sacro Imperio por los servicios que hizo al emperador Cárlos VI°., adelantándole sumas considerables. El jóven Federico abrazó la carrera militar, se señaló en las guerras de Francisco I° con el rey de Prusia, y obtuvo el grado de coronel despues de la batalla de Lobowits, donde fue gravemente herido.

Era tan preciosa y tan bella la naturaleza del conde de Walberg, tal su figura noble y magestuosa, como tambien su interesante fisonomía, que preocupaba todos los ánimos á primera vista, y esta preocupacion favorable se mudaba en un vivo interés. luego que se hallaban en estado de conocerle, y

de apreciar su carácter y virtudes.

Retirado á una de sus haciendas, para restablecerse de una fiebre lenta, originada de sus heridas, dedicaba su tiempo al estudio de las artes, y á aquellas dulces meditaciones, que son, si se puede decir así, las que aclaran y purifican la conciencia de un hombre de bien. Un ayre puro, freqüentes paseos, y el atractivo que imprimen en una alma sensible las encantadoras bellezas de la naturaleza, habian restituido á Federico sus fuerzas y salud; ya podia dar paseos mas largos: no estaba sujeto á retirarse á casa temprano; las hermosas noches del estío le hallaban continuamente fuera de los límites de su parque, en donde hasta entónces se habia constantemente encerrado. Se debe juzgar, por el gusto del conde á la soledad y la meditacion, que la sociedad no era una necesidad para él, pues

disfrutaba de ella únicamente por no romper esas cadenas formadas por la ociosidad ó el interés personal, que los hombres han llamado deberes y conveniencias.

La posesion de la canonesa de B... tia de Maclovia, estaba contigua á la de Federico; pero éste, poco dispuesto hasta entónces á aprovecharse de las gracias de la vecindad, no habia hecho gestion alguna para ser presentado á la propietaria del hermoso palacio que veía desde las ventanas del suyo.

"Es preciso que este hombre sea un salvage, decia una tarde la canonesa de B... á Maclovia; yo quiero absolutamente civilizarle, y voy, querida mia, á enviarle un billete de convite para la fiesta que he de dar el dia de tu cumpleaños..." "Ah! sí, tia mia, exclamó Maclovia con júbilo, dicen que el conde de Walberg es un excelente

músico, y si viene algunas veces me acompañará con la arpa ò el piano, y haremos los dos agradables conciertos."

Al dia siguiente recibió Federico un billete político de la canonesa de B... y aquella misma mañana pasó á su casa á darla las gracias. Su bella presencia, su política noble y su finura sorprendieron y admiraron á madama de B... que le recibió con agasajo y con amabilidad, y despues de una media hora de conversacion le hablaba ya como si hiciera mucho tiempo que le trataba. Federico por su parte, admirado de una acogida tan diferente de la que esperaba, continuaba sosteniendo la gravedad y el cumplimiento de que está poseida casi siempre la principal nobleza de Alemania, y le hizo impresion el ver una buena y excelente señora, que le obligaba á freqüentar su casa y le decia con franqueza que siempre gus-

taria de verle. Pasó cerca de dos horas en sociedad con ella, y al retirarse la estimaba ya demasiado para no suplicarla, disimulase la dilacion de su visita.

"Á la verdad que es hermoso!" exclamó madama de B... dirigiéndose á Maclovia, que no habia hablado una palabra durante la conversacion de su tia con Federico. Maclovia se sonrió y continuó callando. "Estás muda hoy, sobrina mia?" añadió con viveza la canonesa. "No señora, respondió poniéndose colorada; mas ¿qué puedo añadir yo á un elogio tan completo?.." "¿Le hallas exâgerado?" Maclovia dixo que no; y pocos minutos despues se retiró á su quarto.

"¡Oh, sí, sí es hermoso!" dixo en tono baxo, y una gran tristeza se apoderó de ella al pensar que Federico no la habia hablado, ni aun apenas mirado.

En la mañana del dia señalado por madama de B... para dar su fiesta, toda la nobleza de las cercanías concurrió al palacio. Maclovia ayudó á su tia á hacer los honores en un magnífico desayuno servido en un cenador del parque; lo que era negocio no pequeño atendiendo á la etiqueta que es menester observar, para colocar á cada uno segun su clase ò dignidad. En fin, el gran número de convidados causó una especie de confusion, los hombres se levantaron y se reunieron en grupos para dexar á las señoras con mas comodidad. Maclovia reparó entónces en el conde de Walberg que reclinado sobre la silla de madama de B... conversaba con ella, y sintió en extremo que no la hubiese hecho á la entrada los cumplimientos de estilo, que los demás se habian apresurado á hacerla con motivo de la fiesta del dia.

Despues del desayuno, toda la concurrencia se repartió por los jardines y el parque. Maclovia inquieta, y descontenta de quanto la rodeaba, apenas contextaba á las adulaciones de una infinidad de jóvenes que ponian todo su conato en agradarla; sus miradas se inclinaban, á pesar suyo, hácia el interesante Federico, cuya dulce fisonomía tenia entónces una expresion de tristeza y abatimiento, que le hacia aun mas amable. La canonesa, apoyada en el brazo de su nuevo amigo, conduxo la sociedad al salon de música, donde se tocaron piezas escogidas de los mas célebres maestros de Italia y Alemania; pero deseosa de hacer lucir el talento y habilidad de su sobrina, la mandó que cantase. Maclovia intentó excusarse; pero no quisieron ceder á sus objeciones, y la fue forzoso obedecer. Su voz al pronto débil y un poco

alterada, luego hizo percibir el tono mas melodioso, y cantó con tal gusto y expresion, que se grangeó todos los aplausos. El conde de Walberg, particularmente, la aplaudió con entusiasmo, y madama de B... fuera de sí por los elogios que prodigaba á su sobrina un amante tan distinguido como Federico, le suplicó que cantase. Un profundo silencio reynó entónces en la sala; cada uno se acercaba quanto podia para juzgar mejor. Despues de haber el conde preludeado del modo mas brillante en el piano, cantó esta bella cancioncita de la ópera francesa, Atys:

Ardiendo en el fuego
que causa mi mal,
mi dolor el alma
tiene que ocultar, &c.

Maclovia advirtió con una turbacion inexplicable, que las miradas de Federico se encontraban con las suyas du-

rante esta escena; y así que concluyó, las numerosas palmadas de los concurrentes no la impidieron oir un profundo suspiro que dexó escapar el jóven conde al dexar el piano. Desde este instante la alegría volvió á Maclovia; nunca habia estado tan cuidadosa, tan cariñosa para con su tia, tan afable y tan complaciente para con todo el mundo; su halagüeño rostro tenia una expresion celestial, y los mas bellos colores animaban su tez. El resto del dia se pasó para ella como en una especie de encanto, habló muchas veces á Federico, y por la noche bayló con él.

"¡Ah, tia mia, qué dia tan precioso!" la dixo acompañándola á su habitacion luego que todos se retiraron.

"Sí, mi querida Maclovia, contextó la canonesa, apretándola la mano; tal me ha parecido, pues es el aniversario de tu nacimiento."

Al dia siguiente Federico volvió al palacio: y continuó freqüentándole diariamente. Una dulce familiaridad se estableció entre él y Maclovia; pero quanto mas confiada é ingenua se mostraba ésta, mas melancólico y reservado parecia el conde. Si alguna vez Maclovia le reprendia su tristeza, y le preguntaba de qué dimanaba, él eludia siempre sus preguntas, ò la daba respuestas vagas é insignificantes: cerca de once meses se pasaron así. Un dia instándole mas vivamente que lo acostumbrado, á que la confiase sus pesares, la dixo, en presencia de la canonesa que jamás los abandonaba. "No me priveis, señorita, del único consuelo de mi vida; si es preciso que yo os abra mi pecho, debo desterrarme de vuestra presencia y huir para siempre de esta casa tan cara á mi corazon." Maclovia perdió el color, la canonesa

quedó asombrada, y los tres guardaron por un rato silencio; pero el conde levantándose de repente, dió algunos pasos por la sala, con la mas viva agitacion; despues parándose delante de madama de B... continuó así: "Es preciso hablar, señora; acabo al fin de tomar esta cruel resolucion que va á grangearme vuestro enojo; pero yo sería indigno de las bondades con que me honrais, si os ocultase por mas tiempo el fatal secreto que emponzoña mi vida. Adoro á vuestra hermosa sobrina, me atrevo á amar á la hija única del príncipe de B... sí, la noble heredera de una de las mas ilustres casas de Alemania ha hecho la mas viva, la mas profunda impresion en el corazon del obscuro Federico de Walberg, nieto de un negociante... ¡Juzgad si soy culpable! desterradme de vuestra presencia, lo he merecido; mas compadeced-

me y no me colmeis de vuestro menosprecio..." La vehemencia con que el conde pronunció estas palabras, su turbacion y el exceso de su agitacion, añadieron á la sorpresa de madama de B... un sentimiento que esta hubiera intentado vanamente significar; este era una mezcla de enfado, de compasion, de temor y estimacion; y continuó callando. Maclovia, trémula, tenia los ojos fixos en tierra, y no osaba proferir una palabra.

"Á Dios, señora, dixo el conde con voz interrumpida, á Dios, Maclovia... mi querida Maclovia!" y prorrumpió en llanto. Maclovia acongojada se halló á punto de desmayarse: Federico estaba ya á la puerta de la sala. "Volved" exclamó la canonesa, cediendo á su compasion: volved, repitió débilmente Maclovia. El conde se arrojó á sus pies, tomó sus manos uni-

das y las regó con sus lágrimas.

"Levantaos, Walberg, dixo madama de B... con una gravedad que imponia respeto; respondedme á la pregunta que voy á haceros, pero respondedme con aquella noble franqueza que siempre he reconocido en vos; ella sola podrá minorar el grande disgusto que experimento. ¿Habeis en alguna ocasion dicho á mi sobrina las indiscretas palabras que acabais de pronunciar? Jamás, exclamó vivamente Maclovia, y aun yo tenia en este momento demasiado pesar, por creer que..." Aquí Maclovia, avergonzada por lo que habia dicho, y sobre todo por lo que iba á añadir, se sonrojó excesivamente, y se halló tan descompuesta, que madama de B... se apresuró á dar órden, á fin de que nadie entrase á interrumpir la conferencia que se proponia tener con el conde. . . . . . . . . . . . .

"Si yo hubiese sido capaz de la osadía que suponeis, señora, replicó Federico con la grandeza de alma que siempre le acompañaba, no hubiera cedido al movimiento que acaba de excitar vuestro enojo; pero soy ingenuo; á Maclovia y no á vos deseaba descubrir mi corazon; no me arrepiento de mi franqueza; pero jamás me perdonaria á mí mismo, si no hubiese hecho en vuestra presencia conocer á vuestra hermosa sobrina un sentimiento que debe decidir de la suerte de mi vida." "Federico, exclamó la canonesa, no, no me he engañado, sois el hombre mas estimable que he conocido. Ay! añadió agitada, porque no depende de mí recompensar vuestras virtudes, dándoos á mi querida sobrina! mas el orgullo de su padre jamás cederá..."

"Amada tia! interrumpió Maclovia, besando con ahinco las manos de

madama de B... miéntras que el conde, de rodillas, y los ojos bañados en lágrimas, intentaba en vano cómo significar el exceso de su reconocimiento por una bondad tan inesperadá.

"No, hijos mios, prosiguió la canonesa, no os lisonjee la mas leve esperanza; jamás consentirá mi hermano en vuestro himeneo. La idea de un baxo enlace, perdonad mi querido Walberg, sería suficiente para conducirle al último punto de su vida, y quisiera mejor ver á su hija muerta, que entregada á un esposo que no contase como ella un gran número de ilustres abuelos... Yo debiera suplicaros, mi amado conde, que no volvieseis mas á esta casa; prohibir á Maclovia que pronunciase vuestro nombre en mi presencia, y finalmente no omitir medio alguno para sofocar vuestra pasion; mas os conozco, Walberg, y sobre todo os

estimo demasiado para usar contra vos de esas precauciones vulgares, de que la experiencia por otra parte ha mostrado la inutilidad. Por mi confianza sola responderé de la vuestra; venid á vernos como acostumbrais, hablaremos de vuestro amor y buscaremos al mismo tiempo los medios de impedir las funestas conseqüencias que debe causaros una pasion sin esperanza; y me atrevo á creer que los cuidados de una sincera amistad serán mas eficaces que las vanas precauciones sugeridas por la desconfianza y la severidad."

"Muger incomparable!" exclamó Federico, echándose á los pies de la canonesa. Quiso añadir algunas palabras; pero su excesiva agitacion las hizo ininteligibles.

Madama de B... le agarró de la mano, le hizo sentar á su lado, y en seguida estrechando en sus brazos á

Maclovia llorosa, habló á uno y á otro con ternura; pero con aquella dulce energía que puede sola producir una sensibilidad verdadera, y les pintó con tan vivos colores lo peligroso de su situacion, que Federico iba, tal vez, á proferir el terrible juramento de renunciar para siempre á su amor, si una mirada de Maclovia no le hubiese hecho conocer quán difícil sería efectuar tal resolucion.

Este discurso, á un tiempo suave y penoso, se dilató demasiado: ya habia pasado una hora mas de aquella en que el conde acostumbraba á retirarse, y madama de B... se vió precisada á recordárselo; últimamente, salió de la sala, pero no fue hasta haber obtenido el permiso de volver al otro dia. Ay! este dia deseado con tanta impaciencia, ocasionó gran mudanza en el destino de Federico. Se presentó en

casa de la canonesa, y la halló triste y pensativa, miéntras que Maclovia, pálida é inanimada, apenas percibió quién habia entrado. Lleno de temor se acercó á madama de B... que, sin hablarle, le presentó una carta abierta; Federico la tomó con mano trémula, fixó los ojos en la firma, y perdió el color. "Leed vuestra sentencia, dixo la canonesa con tono melancólico, leed tambien la mia, pues me arrebata á Maclovia." Federico procuró esforzarse y leyó con voz apenas inteligible.

„Yo entiendo, hermana mia, que „tu caprichoso gusto por el retiro te „empeña á educar mi hija en los mis„mos sentimientos. Si yo hubiese pre„visto que la única heredera de nues„tra casa habia de ser condenada á no „ver á tu lado sino obscuros aldeanos, „me hubiera guardado bien de ceder

»á tus instancias y á las suyas, y no »se hubiera separado de mí despues de »la muerte de su madre: finalmente, »pongo en tu noticia como voy á bus»carla; espero casarla ventajosamente »dentro de poco tiempo, y es muy e»sencial que sea presentada á SS. MM. »imperiales ántes de la conclusion de »su matrimonio. Te nombraré mi fu»turo yerno, luego que tenga el gus»to de verte, pues llegaré verosímil»mente al mismo tiempo que mi carta."

El príncipe de B...

Un profundo silencio reynó por un rato sobre las tres personas tan vivamente enternecidas. Madama de B... le rompió en fin, y dirigiéndose á Maclovia: "Esfuérzate á vencer tu dolor, querida mia, la dixo: tu padre va á llegar, se pondrá furioso si no aparentas seguirle con júbilo."

Maclovia levantó hácia su tia sus

hermosos ojos bañados en lágrimas, miró á Federico, y continuó llorando sin pronunciar palabra.

"Es preciso perder toda esperanza; es preciso renunciar para siempre á Maclovia, no verla mas, ni oir su dulce voz" exclamó el jóven conde con tono bastante descompuesto.

En este momento, un coche entró en el patio del palacio. "¡Ahí está mi hermano! dixo la canonesa sobresaltada. Federico, marchad, que no os encuentre con nosotras; Maclovia, por Dios, enjuga esas lágrimas... Dios mio! qué pensará de todo esto? Apenas acabó de pronunciar estas palabras, abrieron con violencia la puerta, y el príncipe de B... apareció. La rápida ojeada que echo sobre Federico, añadió una expresion aun mas severa á su fisonomía naturalmente áspera y orgullosa.

"¿Habrás, sin duda, recibido mi carta?" dixo á su hermana, sin dignarse mirar á Maclovia, que se habia acercado á él bastante cariñosa.

Sí, hermano mio. — Muy bien; y ¿has advertido á esta señorita que esté pronta, pues me la llevo ahora mismo? Qué, tan presto! exclamó madama de B... enternecida; tan ocupado estás que no puedes concederme algunos dias... — Me es imposible" interrumpió, sin apartar la vista de Federico, cuya excesiva tristeza le hizo impresion. El conde cansado de un exámen que empezaba á incomodarle, se levantó para marcharse; pero miéntras que el príncipe de B... se inclinaba al oido de su hermana para preguntarla el nombre del jóven que veía en su casa, Maclovia se arrimó á Federico, y le dixo en voz baxa: "*Valor y Constancia*; conservad en vuestra memoria

estas dos palabras: ellas serán la divisa de mi vida." Una expresiva mirada, y un profundo suspiro fueron solo la respuesta de Federico, que se halló de nuevo el objeto del impertinente exámen del príncipe.

"Walberg, Walberg! repetia con menosprecio; qué apellido es este? No le conozco; tengo, sin embargo, una idea confusa de que así se llamaba un criado de mi padre."

"Vuestra memoria es muy poco fiel, príncipe, replicó friamente Federico; puedo asegurar que ningun criado de vuestra casa ha tenido tal nombre."

"Muy bien! muy bien! contextó el príncipe, un poco descompuesto; puedo engañarme, todo el mundo se equivoca: mas decidme, jóven, quál es vuestro estado? qué destino teneis?— Ignoro por qué motivo me preguntais así; mas quiero hacer saber al herma-

no de la señora canonesa de B... á quien tendré toda mi vida el mayor respeto, que soy coronel del regimiento de coraceros imperiales, y que en el campo de batalla en Lobowitz S. M. el emperador me elevó á este grado." Acabar de proferir estas palabras, saludar respetuosamente á madama de B... como tambien á Maclovia, y salir con precipitacion, fue todo uno.

"Me admira el orgullo de estos pobres plebeyos ennoblecidos, dixo el príncipe mofándose; esto me divierte. Éste tiene, á pesar de todo, una fisonomía de bastante mérito; debo convenir tambien en que tiene muy buena presencia y muy buenos ojos; no es verdad, Maclovia?" añadió, echando sobre su hija una mirada escudriñadora.

Maclovia se avergonzó; perdió el color, y fixos los ojos en el sue-

lo, no respondió á su padre.

"Hermano mio, dixo la canonesa, no es posible que pienses seriamente en dexarme tan pronto. —Sí, seriamente, mas debo decirte ántes que es el príncipe de Spigmarck á quien destino para esposo de Maclovia." Se paró, y esperaba con altanería la enhorabuena de su hermana por tal eleccion. "Que mi querida Maclovia sea dichosa, contextó la canonesa con voz alterada; ved todo lo que yo deseo. —Oh! seguramente es á lo que tiene que atender; era preciso que fuese muy tonta para no conocer el valor de un himeneo como este; tú convendrás, hermana mia, en la ventaja inapreciable que será para ella, verse la esposa del favorito del emperador, de un hombre cuyo nacimiento en nada cede al nuestro; y que, últimamente goza de gran reputacion. Verás qué nuevo lustre va

á esparcir en nuestra casa esta alianza."

"Padre mio!.." gritó Maclovia, juntando las manos en accion de suplicar; una severa mirada del príncipe la impidió proseguir; se volvió hácia su tia y dió libre curso á sus lágrimas.

"Excusa ese movimiento de sensibilidad, debes estar afligida por dexar á mi hermana; despídete de ella, y partamos sin dilacion."

Maclovia se arrojó sollozando á los brazos de su tia, que no tenia menor sentimiento, y no sin mucho trabajo pudo el príncipe terminar una escena que le molestababa demasiado.

Conduxo á la infeliz Maclovia, casi sin aliento, al coche, y los dos solos entraron en él. Durante la primera hora de viage no interrumpió el profundo silencio de su hija, y se contentó con exáminarla atentamente. Mas cediendo á la necesidad de desahogar

su cólera y su indignacion, que fueron el resultado de este exámen, habló á la desdichada Maclovia en los términos mas duros, vituperando sobre manera la baxeza de sus inclinaciones, y concluyó mandándola imperiosamente olvidar para siempre la existencia, y aun el nombre del rústico plebeyo, que madama de B... habia tenido la culpable debilidad de admitir en su casa. Maclovia al punto sobrecogida del carácter violento de su padre, que hasta entónces no habia tenido ocasion de conocer, reunió bien pronto todo su espíritu para responder al torrente de improperios de que era el objeto. Habia recibido de la naturaleza la rara union de dulzura y de valor, que cede alguna vez, mas que nunca se humilla, y dirigiéndose á su padre, con firmeza y respeto le confesó francamente su pasion á Federico.

"Vmd. puede, Señor, continuó, disponer de mi suerte, de mi misma vida, encerrarme en un convento y desheredarme; me someteré gustosa á quantos castigos Vmd. me imponga; pero mi corazon nunca será del príncipe de Spigmarck, y permitidme añadir, que jamás me casaré con él."

El exceso de la sorpresa que experimentó en aquel momento el príncipe de B... suspendió su ira. Ver una niña de diez y siete años, sumisa siempre á sus mas leves mandatos, responderle con tal entereza, trastornó sus ideas y mudó de un golpe el plan que se habia propuesto: demasiado hábil cortesano para conocer los sentimientos del corazon humano, consideró que el rigor sería inútil con un carácter como el de Maclovia, y pensó desde luego en cercar á su hija de todas las seducciones que pudiesen conducirla á su

intento, sin comprometer la autoridad paternal.

"Maclovia, la dixo despues de haber reflexîonado mucho, yo debiera, tal vez, proceder sin piedad contra una hija que tiene la osadía de hablar así á su padre; mas lo disimulo y dexo á la bondad natural de tu corazon el cuidado de satisfacerme. No te encerraré en un convento, no te desheredaré; y me atrevo á creer que mi hija, el único objeto de mis desvelos, en quien descansa todo mi consuelo, no afligirá á su padre; pues lo único que te pido es que recibas bien, por mi amor mismo, al príncipe de Spigmarck quando te sea presentado." "Yo os lo prometo, padre mio, respondío Maclovia, suspirando;" y en lo restante del viage no hablaron sino de cosas indiferentes.

Luego que llegaron á Viena, el

príncipe de B... alojó á su hija en el mas hermoso aposento de su palacio; le adornó segun el estilo del dia de quanto podia agradarla; la dió muchas criadas para que la sirviesen, y la colmó de regalos magníficos. La triste Maclovia en medio del luxo que la rodeaba, solo pensaba en Federico; le buscaba inútilmente en la corte, en los espectáculos y en todos los parages adonde la llevaba su padre.

Fiel á la promesa que éste la habia arrancado, recibió al príncipe de Spigmarck con urbanidad y con distincion, mas al compararle con Federico, su corazon se cubrió de tristeza. El príncipe tenia hermosa figura, y un talle bastante ventajoso; pero un ayre de fátuo esparcido por toda su persona deslucia los dones que le habia concedido la naturaleza. Quedó penetrado de la belleza, de las gracias de Ma-

clovia, y exclamó repetidas veces, que nunca habia visto cosa tan hermosa.

El príncipe de B... arrebatado por este elogio que confirmaba su esperanza, aprovechó la ocasion de confiarle que iba á casarla. "Casarla! replicó con viveza Spigmarck: espero, prosiguió, que no fixareis vuestra eleccion, sin consultar la voluntad del emperador. No, sin duda." El jóven príncipe le apretó la mano, y los dos se separaron satisfechos uno de otro.

Algunos dias despues, el padre de Maclovia tuvo órden de pasar al gabinete del emperador, y este monarca le recibió con tal bondad, que el diestro cortesano deduxo el mas favorable agüero.

"Príncipe de B... le dixo Francisco I.º sonriéndose, vuestra hija es hermosa, está en edad de casarse, yo os la pido para Spigmarck. — Mi hija es

muy dichosa por el interés que V. M. se digna tomar por ella; voy á darla parte de las órdenes de su soberano...— Traédmela; me alegraré mucho verla esta mañana, para anunciarla yo mismo las ventajas que me propongo hacerla en favor de este himeneo; aguardo en el quarto de la emperatriz."

El príncipe de B... obedeció con actividad; voló á su casa, llamó á todas las damas de Maclovia, y las dió órden de vestirla suntuosamente. "Ven hija mia (exclamó con un gozo que en vano procuraba contener) el emperador desea verte; te espera, no perdamos un momento." Maclovia, maravillada de la vivacidad de su padre, y aturdida de la rapidéz con que sus doncellas procedian en su adorno, se dexó vestir, aventurando de quando en quando algunas preguntas sobre el motivo de las órdenes del emperador.

"Él mismo te las comunicará:" respondia su padre: y Maclovia no se atrevia á insistir. En fin, concluido su tocador, subió en un coche con su padre, y se halló en el palacio imperial, y á la puerta del quarto de la emperatriz, ántes de haber podido reponerse de la turbacion que la causaba un acontecimiento tan extraordinario. El emperador dignándose dar algunos pasos hácia ella, la conduxo cerca de su augusta esposa, y "permitidme, señora, la dixo, que sea yo el primero que os presente la futura princesa de Spigmarck." Maclovia no entendió algunas otras palabras que añadió el monarca: un velo se puso delante de sus ojos, y cayó exánime á los pies de la emperatriz. María Teresa, creyendo ver en la caida de Maclovia una conmocion de reconocimiento, se apresuró á levantarla y la aseguró de

su amor con aquella afabilidad que la hacia adorar de sus vasallos.

Trémula, turbada, traspasada de dolor la desventurada Maclovia, no osaba pronunciar una palabra. Su silencio y palidéz fueron interpretados favorablemente. El emperador y la emperatriz no juzgaron advertir mas que la excesiva timidéz de una niña que no se atrevia á expresar su gratitud, y el príncipe de B... se encargó solo de un tributo de que su ambicion iba á recoger el fruto.

Francisco primero anunció á Maclovia, como en favor de su casamiento con el príncipe de Spigmarck, iba á crear para ella la plaza de superintendenta del quarto de la emperatriz, con quince mil florines para alfileres, y que nombraria al príncipe de B... virey de Ungría.

Llegada la hora de que SS. MM.

asistian á misa, el emperador dió la venia para retirarse al príncipe de B... y á su hija, despues de haberles reiterado la seguridad de su bondad particular. Maclovia, semejante á una víctima que va á ser sacrificada, marchaba con paso vacilante al lado de su padre, que al atravesar las galerías de palacio, recibia orgulloso las enhorabuenas por el matrimonio de su hija, cuya noticia se habia ya esparcido. A la entrada de un gran pórtico que guiaba á la capilla, Maclovia reparó en un corro de oficiales que tenian el uniforme del regimiento de Federico; esta vista acabó de turbar su corazon, y se dió un golpe bastante violento contra una columna que estaba al paso. Se le escapó un grito involuntario, y en el mismo instante se halló casi en los brazos de Federico: éste la presentaba una soberbia rosa artificial que se

desprendió de su peynado al recibir el golpe. La infortunada Maclovia tomó la rosa con mano débil, y quiso pronunciar algunas palabras, mas rindiéndose á la fuerza de las crueles sensaciones que experimentaba, dexó caer su cabeza sobre la espalda de Federico y se desmayó.

Quando volvió en sí se halló en casa de su padre: la consternacion reynaba al rededor de ella; no se hablaba sino con sobresalto del accidente acaecido; y el príncipe de B... de pie á su lado, teniendo una mano de su hija entre las suyas esperaba temblando la sentencia que los médicos iban á pronunciar. Maclovia, penetrada del pesar y de la inquietud que demostraba su padre, pretendió consolarle; se quexó solamente de un leve dolor de cabeza, y dixo que necesitaba descansar; no obstante consintió en que la sangra-

sen, y se retiró en seguida á su quarto acompañada de sus criadas.

Los sucesos de este dia se representaron bien pronto á su turbada imaginacion, y un torrente de lágrimas saltó de sus ojos y desahogó por entónces la opresion de su corazon. Era cierto que el emperador habia decidido de su suerte; ¿cómo podria ella resistir á sus supremas órdenes; y sobre todo, cómo renunciar á su amado Federico, cuya extrema tristeza no habia dexado de advertir con la rápida ojeada que acababa de echar sobre él? "Renunciar á Federico! repetia sollozando; no, jamás, jamás." La excesiva agitacion que la causaron tan amargas reflexîones, la ocasionó un grande acceso de calentura, y se metió en la cama bastante alegre con la esperanza de que iba, tal vez, á finalizar su penosa carrera. Por la noche, Bathilde, su hermana de le-

che, y la mas jóven de sus criadas, estando sola con ella intentó romper el profundo silencio que reynaba en el aposento.

"Mi señor está bien inquieto, mi querida señorita (dixo Bathilde acercándose con timidéz á la cama); nunca le he visto tan triste, y aun se le enternecian los ojos, quando despues de habernos juntado á todos nos ha prohibido..." se suspendió recelando proseguir; pero viendo que Maclovia guardaba silencio, continuó en voz mas baxa, y como si nadie la escuchase; "este pobre conde de Walberg!.. está sin embargo bastante recompensado! es tan bello, tan cortés, me ha hablado con tanta dulzura! — ¡El conde de Walberg te ha hablado! exclamó Maclovia descorriendo con precipitacion las cortinas de su cama. Ah, Bathilde! qué te ha dicho? dónde le has visto?

y quál es la prohibicion de mi padre? — Esta tarde atravesando el patio vi al otro lado de las verjas un hermoso jóven que me hacia señas de ir hácia él. Fingí al pronto no haberle visto, y me retiraba á lo interior de la casa, quando levantó las manos como suplicándome que me acercase; yo no tuve valor para afligirle. Me acerqué en efecto, y le pregunté qué queria; el bello jóven se informó al momento si yo era criada vuestra: le respondí que tenia el honor de ser hermana de leche de mi señorita Maclovia; entonces me rogó que le dixera cómo os hallabais; me hizo mil preguntas acerca de vuestra situacion, y no pareció un poco sosegado hasta que le aseguré que estabais muy aliviada. Vaya, señorita, se hallaba tan triste, tan triste, que no tuve ánimo para decirle que estabais tanto como él." Maclovia echó una mi-

rada cariñosa sobre Bathilde, y la instó á que continuase su narracion. "En fin, el gallardo jóven se marchó, añadió Bathilde, despues de decirme, que se llamaba el conde Federico de Walberg; me suplicó que no me olvidase el nombre y se le repitiera á mi señorita. — Yo te doy gracias por tu exâctitud, mi amada Bathilde; he conocido al conde Federico de Walberg en casa de mi tia, y le debo grandes obligaciones; él es quien esta mañana me ha libertado de una caida, quando tropezé en la columna, y le agradezco muchísimo que haya venido á informarse de mi salud. — Oh! ya me he guardado bien de decir una palabra de todo esto á mi señor; porque tengo entendido, señorita, que hace como una hora, miéntras que descansabais, que hizo ir á su biblioteca á todos los criados de la casa, y nos ha prohibido, so

pena de ser despedidos al momento, el dexar entrar aquí al señor conde, ni aun recibir ningun recado suyo. Por fortuna que esta prohibicion ha sido posterior á mi vista con él, y así no tengo nada de que arrepentirme." Maclovia suspiró profundamente. "¿Es verdad, continuó Bathilde, animada por la bondad que la habia mostrado su jovencita señora, es verdad que vais á casaros con el príncipe de Spigmarc?" "Bathilde, respondió Maclovia, corre estas cortinas, retírate y da órden de que nadie entre; necesito descansar, me siento bastante desazonada."

Al dia siguiente bien temprano, el príncipe de B... pasó al quarto de su hija, y la preguntó con el mas vivo interés cómo se hallaba; fingió creer que el desmayo del dia anterior habia sido efecto del dolor penetrante del golpe, y aparentó no reparar en la

melancolía, y abatimiento de la infeliz Maclovia. "El príncipe de Spigmarck, la dixo, debe venir esta noche, y espero, hija mia, que tú misma le confirmarás la esperanza que el emperador le ha hecho concebir." Maclovia no respondió una palabra, y su divino rostro se cubrió de una mortal palidéz. El príncipe de B... afectó entónces no hablar sino de asuntos indiferentes; mas su semblante, al qual se esforzó á dar una expresion halagüeña al entrar en el quarto de su hija, tomó bien pronto el ayre severo y altivo que comunmente tenia. Maclovia se previno, y esta advertencia en nada mudó la resolucion que habia tomado interiormente de nunca ser esposa del príncipe de Spigmarck.

La noche tan deseada del padre y tan temida por la hija, llegó sin que ésta hubiese determinado fixamente el

"¿No puede vmd. señorita, explicarse en mi presencia?" replicó el príncipe de B... echando sobre su hija una áspera mirada. Maclovia baxó los ojos y calló.

"Ah! concededla lo que solicita, exclamó el príncipe de Spigmarck; estoy pronto á cumplir quantos preceptos guste imponerme, y la juro una ciega sumision aun á sus mas leves insinuaciones."

El príncipe de B... miró con afabilidad al que afectaba llamar su yerno, se levantó, se acercó á Maclovia, y la dixo en voz baxa: "Mira en mí el padre mas tierno, ò el mas implacable enemigo: escoge."

Cerca de tres quartos de hora se pasaron, durante los quales el príncipe de B... hallándose en circunstancias peligrosas, se paseaba en la pieza inmediata á la que acababa de dexar: no

modo con que debia conducirse en tan penosa ocasion, y quando avisaron que esperaba el príncipe de Spigmarck, estuvo á punto de desmayarse. El príncipe de B... inquieto por la alteracion de su hija, se adelantó á recibir á su futuro yerno con todas las demostraciones de regocijo; le hizo sentar á su lado, habló, ya de las bondades del emperador, ya del accidente de Maclovia al salir de palacio, y se atrevió á añadir, que el reconocimiento de su hija era igual al que experimentaba él mismo por las mercedes que SS. MM. imperiales se dignaban hacerla en favor de la boda proyectada. "Yo sé, padre mio, interrumpió friamente Maclovia, que el emperador y vmd. me han destinado para este caballero; pero me resta hacerle conocer mis interiores personales, y así suplico á vmd. me permita hablarle particularmente."

que habiendo el emperador y vmd. padre mio, dispuesto de mi mano sin mi consentimiento, le suplicaba no precipitase un himeneo concluido tan ligeramente; en fin, le exîgia que tomase el tiempo necesario para conocernos mejor el uno á el otro, y tal vez entónces mi conducta justificaria ella misma la estimacion que este caballero ha concebido de mi carácter. — Qué niñería es esta? yo no sufriré... — Padre mio, vuestra autoridad cese por el momento en que el señor príncipe de Spigmarck gusta someterse á lo que yo deseo; y en un asunto que pertenece á los dos solos, á nosotros nos toca deliberar arbitrariamente. — Tiene razon, no la contradigais, amigo mio, añadió en voz baxa, llevando al príncipe al otro entremo de la sala, vuestra hija tiene una franqueza encantadora, mi triunfo será completo quando haya ganado su

pudiendo dominar la grande agitacion que padecia, se acercó á la puerta, escuchó con atencion, y no percibiendo frase alguna entera, entró con precipitacion, y quedó tan sorprendido como contento, al ver al príncipe de Spigmarck de rodillas delante de Maclovia.

"Vuestra hija es un ángel! dixo el jóven príncipe con entusiasmo; no hay mayor talento, mayor finura ni mayor gracia; y á pesar de las severas leyes que acaba de prescribirme, la juro de nuevo en vuestra presencia someterme á ellas sin réplica." "¿Y se puede saber quáles son esas leyes tan severas?" preguntó el príncipe de B... un poco descompuesto. — Yo he ocultado al señor que me es imposible corresponder al afecto que gusta tenerme; que ademas, en ningun tiempo estará en mi poder el recompensarle de la justa correspondencia que con razon esperaria,

corazon; no hay duda, no ha amado todavía, y no se resistiria mucho tiempo á mis obsequios y á mi cariño." Al acabar estas palabras el jóven príncipe se miró con complacencia á un espejo que estaba enfrente de él, y quedó satisfecho de su figura.

El padre de Maclovia pensativo y silencioso andaba con paso lento por la sala; la cólera, la inquietud y el despecho se pintaban alternativamente en su semblante, y así que el príncipe de Spigmarck se fue, se acercó á su hija y repitió con el mayor enojo: "acordaos bien de lo que os dixe hace poco; que yo seré el padre mas tierno, ó el mas terrible, el mas implacable enemigo;" y salió aceleradamente.

Tres semanas se pasaron sin experimentar Maclovia la menor mudanza en su situacion. El príncipe de Spigmarck, activo en hacerla la corte, buscaba en

vano el modo de agradarla, y empezaba á conocer con disgusto, que habia contado muy ligeramente con un mérito, al qual estaba firmemente persuadido, que ninguna muger podria resistir. Incapaz de amar verdaderamente; demasiado superficial para ser susceptible de las fuertes impresiones que constituyen una inefable sensibilidad; la vanidad sola era el móvil de sus acciones. Nó pudiendo comprender la indiferencia de Maclovia, creyó que tenia un rival, y á fuerza de desvelos é investigaciones secretas, supo que el jóven conde Federico de Walberg habia sido recibido familiarmente en casa de la canonesa de B... y que Maclovia siempre habia gustado de su compañía; por último, al instante le ocurrió el desmayo de ésta en el pórtico del palacio imperial, al presentarse á su vista el conde de Walberg, y no dudó

que fuese Federico el rival preferido. Desde entónces procuró hablar de él continuamente delante de Maclovia, cuya turbacion y embarazo confirmaron sus sospechas. Furioso por verse pospuesto á un hombre obscuro, y sobre todo excesivamente zeloso por los dones exteriores que al conde de Walberg habia concedido la naturaleza, no se presentaba ocasion alguna en que no profiriese contra el conde las mas crueles invectivas. Maclovia, demasiado ingenua para disimular su indignacion por tales discursos, tomaba con interés el partido de Federico, y concluía exâsperando al príncipe, cuyo despecho no tenia límites.

Una mañana, de resultas de una de estas conversaciones, que eran su suplicio, se retiró á su quarto para dar curso libre á sus lágrimas, detenidas hasta entónces con muchísimo trabajo.

Aun lloraba quando entró Bathilde para ocuparse en algunas cosas relativas á su obligacion. "Ah! mi querida Bathilde, qué desgraciada soy! la dixo: ¡que no haya yo nacido en el humilde estado que tú! — Me admirais, señorita! ¿qué se necesita para ser feliz en este mundo, pues se quexa de su suerte la hija única del príncipe de B... jóven, hermosa, adorada de su familia, y estimada del emperador? ¿Es posible que en el momento mismo en que vuestros ilustres parientes cuidan solamente de casaros con el señor mas principal y mejor mozo de toda la Alemania, vuestros ojos estén anegados en lágrimas?"

Maclovia entregada al mas intenso desvarío, escuchaba á Bathilde; sus tristes miradas se limitaban á ella misma. "No, exclamó de repente, no, no puedo contenerme mas; ya es tiem-

po que haga romper para siempre este odioso enlace... Bathilde, ah mi amada Bathilde! ¡si yo pudiera contar con el celo, con el amor de que me hablas sin cesar! — Si podeis contar? contextó, besando las manos de su señora: ah! hablad, qué pruebas exîgís de mí? debo sacrificaros mi vida? estoy pronta á obedecer. — Ya conoces al conde Federico de Walberg, continuó Maclovia en voz baxa y sonrojándose; entrégale aquella rosa artificial que yo traía quando me conduxeron del palacio imperial..." Bathilde la interrumpió con un grito penetrante. "Ah! señorita, qué me mandais? (dixo temblando) bien sabeis que mi señor nos ha hecho jurar á todos, que jamás nos encargáramos de ningun recado para el señor conde, pues de lo contrario seríamos despedidos al momento. Dios mio, qué sería de mí, si me apartasen de vuestro la-

do! — No mas, no mas, yo creía tener una amiga, y veo con dolor que no estoy rodeada sino de viles esclavas vendidas á mi cruel padre. Retírate, Bathilde, déxame sola." Bathilde obedeció con lentitud. Al llegar á la puerta de la sala, echó una tímida mirada sobre Maclovia; se acercó á una mesa de mármol, en donde estaba la rosa, la tomó, la contempló algunos minutos en silencio, fue hácia su señora, y echándose á sus pies: "disponed de mi suerte, mi amada señorita, exclamó sollozando; no puedo soportar la idea de disgustaros; ved aquí la rosa: qué he de decir al señor conde? — Mi querida Bathilde, hermana mia, mi compañera, mi única amiga, perdona mis infundadas sospechas; ójala sea yo bastante dichosa algun dia, para recompensar como deseo esta prueba nada equívoca de tu afecto. Escucha, hoy

es dia de parada, toda la oficialidad y plana mayor asiste á ella; allí se hallará sin duda el conde de Walberg; ve, aprovecharás un momento favorable para acercarte á él, le entregarás esa rosa pronunciando estas dos palabras: *Valor y Constancia*, y te retirarás al instante." Bathilde prometió desempeñar fielmente su comision, y una dulce tranquilidad se esparció sobre las hermosas facciones de la sensible Maclovia. ¡Quánto hubiera deseado permanecer sola hasta que Bathilde volviese á darla cuenta del resultado de su encargo! pero fue preciso pasar al quarto de su padre á ver otra vez al príncipe de Spigmarck, que la pareció mas fátuo, mas mordáz y mas insoportable que nunca. Habiendo renovado éste sus necias burlas contra Federico, Maclovia, que tenia apurada la paciencia, rechazó tan viva y enér-

gicamente las malignas expresiones del príncipe, estableciendo una comparacion tan picante entre sus pretendidas perfecciones y qualidades reales del conde de Walberg, que el furor y la indignacion superaron á la aficion que la tenia. "Jamás, exclamó, no, jamás uniré mi suerte á la de una muger que tiene la osadía de juzgarme así." El príncipe de B... que voluntariamente los dexaba solos, entró en el instante que su yerno futuro pronunciaba las últimas palabras, y que fue testigo de la precipitacion con que salió de la sala. Inmóvil de sorpresa y de admiracion preguntó á su hija, qué significaba la conducta extraordinaria del príncipe de Spigmarck. "No es cosa mayor, padre mio, contextó Maclovia; acabamos de tener una contienda; mi *esposo futuro* es un poco vivo, y esta vivacidad, léjos de incomodarme, me

causa el mayor placer. — Espero que volverá, que no está seriamente enfadado, dixo el príncipe. — Estoy sin inquietud sobre ese asunto, y convido á vmd. padre mio, á tomar parte en mi seguridad." Esta respuesta ambigua sosegó al príncipe de B... y Maclovia se retiró á su quarto á esperar á Bathilde.

Esta era la primera vez que despues de su llegada á Viena disfrutaba Maclovia de un momento de satisfaccion. Todavía resonaban en su oido las últimas palabras del príncipe de Spigmarck, y las repetia con complacencia: "jamás, no, jamás uniré mi suerte á la de una muger, que tiene la osadía de juzgarme así. Amado Federico, exclamó, ó mi amado Federico!"

"Le he visto, señorita, le he visto, le he hablado:" dixo Bathilde, oyendo al entrar la exclamacion de su

señora. Maclovia llevó á la fiel Bathilde al fondo de un apartado gabinete, y despues de obligarla á sentarse á su lado, la pidió con voz alterada la relacion exâcta de todo lo acaecido. "Me costó al pronto mucho trabajo hacerme ver del señor conde, dixo Bathilde; habia mucha gente y me hallaba muy distante del sitio donde se habia colocado la oficialidad; mas á fuerza de cuidado y de paciencia conseguí ponerme detras del señor conde. Allí estuve bastante tiempo sin saber cómo gobernarme para ser reparada de él, y no de otro alguno. Yo tosí muchísimas veces; mas el señor conde, cuya tristeza me pareció extrema, no miraba hácia donde yo estaba. En fin, quando la tropa empezó á marchar á su destino que tocaron muchos tambores y las músicas á un mismo tiempo, me aventuré á pronunciar vuestro nom-

bre; al momento se volvió, le presenté la rosa y pronuncié con voz bastante clara: *Valor y Constancia.* Nunca he visto, señorita, una mudanza tan notable ni tan repentina; la cara del señor conde brillaba de alegría; tomó la rosa y la guardó en su pecho. Aquí permanecerá toda mi vida, me dixo con una voz tan dulce, tan suave, que casi me hizo llorar. Iba á añadir alguna cosa; pero un compañero se llegó á hablarle, y no pudo decirme mas."

Maclovia pensativa y preocupada, guardaba el mas profundo silencio. "Estais contenta, mi querida señorita? continuó Bathilde; he cumplido como deseabais con las órdenes que me habeis dado?" Maclovia se apresuró á responderla, y prodigó los mayores elogios á su celo y á su inteligencia; la hizo muchas preguntas por tener el

gusto de oir todavía hablar de Federico, y la renovó ántes de apartarse de ella la promesa de recompensar dignamente el servicio que la habia hecho.

Dos dias pasaron sin que el príncipe de Spigmarck volviese á ver á Maclovia. El príncipe de B... no podia ocultar su inquietud ni su disgusto, y la dureza con que hablaba á su hija probaba hasta qué punto estaba irritado contra ella.

Finalmente, en la mañana del tercer dia, habiendo ido á palacio como acostumbraba, á hacerse presente quando el emperador se levantaba, este monarca, en vez de recibirle con afabilidad como siempre, fingió no haberle visto: mas pocos instantes despues le hizo seña de acercarse, y le dixo con tono frio y distraido: «Príncipe de B... os vuelvo la palabra que me habeis dado: tengo otras miras sobre Spigmarck,

y podeis disponer de vuestra hija." Un rayo hubiera pasmado ménos al príncipe de B... que estas terribles palabras; apenas tuvo ánimo para asegurar de su sentimiento al emperador, y salió traspasado de dolor. Luego que llegó á su casa se encerró en su gabinete; dió órden de que nadie entrase á importunarle, y se esforzó á tomar algun dominio sobre sí mismo. Despues de haber cabilado cerca de dos horas, llamó á uno de sus criados y le entregó este billete para Maclovia, con órden de que se le llevase al momento.

"Os prohibo presentaros delante de "mi vista; excusad el tormento de en"contrarme en adelante con el oprobio "de mi familia. La indignacion que me "inspirais no puede compararse sino "con lo mucho que os desprecio."

El príncipe de B...

Despues de haber leido Maclovia este billete, no dudó que su casamiento estuviese disuelto enteramente, y un movimiento de gozo debilitó contra su voluntad la pena que la causaba haber afligido á su padre. Este no limitó su resentimiento á la prohibicion que la hacia de parecer delante de él; la mandó dexar el magnífico aposento que la habia destinado; la encerró en un quarto solo abandonado en lo mas alto del palacio; la quitó sus criadas, y una cocinera fue exclusivamente encargada del cuidado de llevarla que comer á medio dia y á la noche.

Este excesivo rigor del príncipe de B... no admiró á Maclovia, pues ya le esperaba; pero era demasiado sensible para no experimentar un verdadero pesar al considerar que habia perdido el cariño de su padre. Despues de haber intentado inútilmente muchos

medios de aplacarle, se sometió, y consoló reflexîonando, que tal destino era mil veces preferible al de ser esposa del príncipe de Spigmarck. El de B... entretanto, léjos de estar sosegado por el modo de tratar á su hija, sentia cada instante aumentarse en él la necesidad de venganza; sus frustradas esperanzas le hacian inexôrable, y resolvió volver á casarse para privar á Maclovia de la inmensa fortuna que debia pertenecerla. Apenas hubo formado este proyecto, quando lo executó; puso los ojos en una jóven sin dote alguno; pero que su ilustre sangre podia favorecer á sus ambiciosas miras; la dotó con la mayor parte de sus bienes, y consideraba con júbilo que le daria tal vez hijos que pudieran consolarle de tener en el mundo á Maclovia.

Esta, encerrada en su quarto, don-

de nadie tenia derecho de entrar, y totalmente ignorante de lo que pasaba en casa de su padre, se entregaba una noche á la tristeza de sus reflexîones, quando oyó llamar ligeramente á su puerta.

"Soy yo, mi amada señora, dixo Bathilde en voz baxa; me aprovecho de la confusion que hay en toda la casa, con el motivo de la boda de mi señor, para venir á renovaros la firmeza de mi celo. He visto al señor conde; tomad una carta suya; mas, ay! señorita, vuestra puerta está tan cerrada que no sé cómo entregárosla." La sorpresa que causó á Maclovia la noticia del casamiento de su padre la quitó la fuerza para responder.

"Escuchad, señorita, repitió Bathilde, tengo una carta del señor conde" Ah! dámela, exclamó Maclovia; mas acordándose que siempre la encer-

á hablarla, y la diria que pidiese la gracia de veros; mi señor dará oidos sin duda á su ruego; vendrá aquí, y la suplicareis que solicite la licencia para volveros á casa de la señora canonesa. Oh! si yo fuese tan afortunada que os siguiera!... — Querida Bathilde, haz lo que quieras, yo me abandono á tu cuidado." Un pequeño ruido que se oyó entónces sobresaltó á Bathilde, no tuvo tiempo sino para reiterar á su señorita la firmeza de su afecto, y se alejó de aquel sitio con precipitacion. Maclovia no pudo contener sus lágrimas, considerando la dureza de su padre y la necesidad á que se veía reducida de no contar mas que con la proteccion de Bathilde, para salir de su cruel situacion. Esperó por dos semanas el efecto de las promesas de su doncella; y no pudiendo en este intervalo obtener una respues-

baban con llave, suspiró y dixo á Bathilde que no podia abrir. Últimamente, despues de haber intentado muchos medios para introducir la carta, convinieron en que Bathilde la leyese arrimada á la puerta. Maclovia puesto el oido en la cerradura, repetia en su corazon cada palabra que pronunciaba Bathilde.

Federico, instruido del indigno tratamiento que sufria por él, expresaba los mas tiernos sentimientos, la juraba un amor eterno, y la suplicaba hiciese el último esfuerzo con su padre, para obtener el permiso de regresarse á casa de la canonesa de B... "Y querrá concedérmele? exclamó Maclovia; ay! ha olvidado que tiene una hija, y no se dignará oirme. —Yo imagino un medio; nuestra nueva señora es jóven y bella como vos, señorita; parece muy afable; yo me atreveria

ta á las preguntas que hacia á la muger encargada de llevarla la comida, la desesperacion iba á apoderarse de su alma, quando una mañana oyó un gran ruido en el corredor que guiaba á su encierro.

"Yo os mando abrir esta puerta" repitieron diferentes veces: Maclovia reconoció la voz de su amada tia, y al punto se halló en sus brazos.

"¡O mi querida Maclovia, hija mia! dixo la buena canonesa, estrechándola contra su corazon; ¡qué indigno trato se han atrevido á darte! y debiera yo esperarte en tal parage!..." Maclovia no pudo al pronto responder: transportada de alegría por ver á su tia, cubria de besos sus manos, levantaba los ojos al cielo, y no cesaba de sollozar. "Libertadme, sacadme de aquí, y procurad que no os dexe en toda mi vida, exclamó al fin. — Sí,

sin duda yo te prometo que no permanecerás un instante mas en esta vil casa. Ven, mi infeliz Maclovia, añadió sacándola del quarto. — ¿Y mi padre consiente en ello? Vuestro padre, respondió la canonesa con indignacion, os ha olvidado sin duda. Está ausente hace ocho dias, y ha ido segun dicen, con su nueva esposa á la hacienda que posee en las cercanías de Lintz;" y dirigiéndose á los criados que la rodeaban; "hareis saber á vuestro amo, les dixo, que yo me llevo á mi sobrina, y que á mi casa puede ir á buscarla."

Luego que Maclovia se halló en el coche de su tia sentada á su lado y casi en sus brazos, olvidó quanto habia sufrido, y se entregó al puro gozo de que su corazon estaba penetrado. Entónces la dixo la canonesa: "Bathilde ha sido, querida Maclovia, quien de todo me ha instruido. Esa

muchacha, despues de haber intentado vanamente mover á la nueva esposa de B... en tu favor, y habiéndose hecho sospechosa por el exceso de su celo, tomó el partido de dexar á Viena para ir á solicitar mi proteccion, y empeñarme á libertarte yo misma de los rigores de tu padre. Juzga tú si habré perdido un momento, continuó la canonesa, abrazando tiernamente á Maclovia: no, hija mia, no, jamás te apartarás de mi lado; y el príncipe de B... no te arrancará de mis brazos, sino consintiendo en una eterna desavenencia conmigo. — Ay, óxala no sea yo causa de tal desgracia!"

Al llegar á la hacienda de madama de B... Maclovia fue recibida con muchos aplausos de los vasallos y criados de su tia. El gozo de Bathilde, en particular, era tan extraordinario, que costó mucho trabajo moderarle. La ca-

nonesa movida del vivo afecto que esta excelente muchacha profesaba á su sobrina, la aseguró de nuevo la promesa que la habia hecho de considerarla en lo venidero, no como la camarera, sino como la compañera, la amiga de Maclovia. "Sí, tia mia, replicó ésta con prontitud, es mi amiga, ella fue mi única amiga en casa de mi padre, y yo no lo olvidaré jamás."

Al dia siguiente á este tan feliz para Maclovia, ésta se levantó muy temprano, y baxó al parque. Esto era á fines de Mayo; la fragancia de las flores, el canto de las aves, y el placer de hallarse otra vez en soledad tan amada, llenaban su alma de las mas dulces sensaciones. Todavía no se habia atrevido á pronunciar el nombre de Federico delante de su tia, y aun la misma Bathilde ignoraba si él pensa-

mó el oido, y no oyendo el mas leve ruido, se aventuró á empujarla, y vió que empezaba allí una hermosa senda, guarnecida por los dos lados de rosales floridos, que guiaba á un pequeño templo de mármol blanco. El pórtico de este templo figuraba una M; Maclovia percibió inscripciones sobre las dos columnas laterales y la curiosidad la incitó á leerlas. Palpitándola el corazon de temor y de agitacion, se adelantó con paso tímido, se paró á la entrada del monumento en que habia fixado su atencion, y sus ojos se cubrieron de lágrimas al leer *Valor y constancia* en las dos columnas: estaban estas unidas por una guirnalda de mirto y de siempreviva; una rosa esculpida terminaba los dos ángulos, y acababa de formar la primera letra del nombre de Maclovia. "Querido Federico! exclamó cediendo al exceso de

su conmocion. Gran Dios! he oido bien?" dixo una voz que salió de lo interior del pequeño templo, y Maclovia vió al momento á Federico que se echó á sus pies. "Vos aquí! añadió, vos! mi amada, mi adorada Maclovia! ah! debia yo esperar!... — Mr. de Walberg, interrumpió Maclovia con afabilidad, yo ignoraba que hubieseis venido; un acaso solamente me ha conducido á este sitio, y al ver aquella puerta medio abierta, la curiosidad, lo confieso, me ha estimulado á entrar." "¿Me permitís que os acompañe á casa de madama de B...? dixo el conde en tono apasionado. — Esta noche os recibirá ciertamente, ahora condescended en que yo vuelva sola. — Esperad, ah! dexadme gozar de este delicioso momento, dexadme disfrutar de la dicha de veros: Maclovia! aun algunos minutos, añadió asiéndola una

mano ; ¡si supierais quánto he padecido apartado de vos! si supierais con qué exceso os idolatro! no tendriais valor para ocultar tan pronto de mi vista esos hermosos ojos, en que he creido leer alguna vez la suprema felicidad de ser amado de vos." Federico entónces se arrodilló de nuevo delante de Maclovia, y cubrió de besos la estampa del pulido pie de su amada, impresa en la senda arenosa que habia andado para llegar al pequeño templo. Su demasiado gozo, el desórden que reynaba en sus discursos, y la expresion penetrante de su fisonomía, causaron á Maclovia la mas viva alteracion. "Hasta esta noche, le dixo con voz trémula, os ruego no me detengais mas."

Federico no se atrevió á insistir, la acompañó hasta la puerta, la hizo saber por el camino como acababa de

ba en dexar á Viena y volver á su casa de campo. "¡Ah, consideraba Maclovia, á lo ménos podré ocuparme en acordarme de él, y no oiré aquellos odiosos discursos con los quales intentaban insultar á las mas puras virtudes!" Se hallaba entónces al fin de una calle de árboles cerrada con una rexa de hierro, y descubrió toda la fachada del palacio de Federico. Las ventanas enteramente cerradas presentaban un aspecto de soledad y de abandono que entristecieron el alma de Maclovia. "Ay! aun no ha vuelto;" dixo, y abrió la rexa para pasearse por el campo, ó mas bien para acercarse á un sitio del qual no podia apartar sus miradas. Despues de haber recorrido un largo circuito formado por las tapias de la quinta de Federico, se halló enfrente de una puertecita que estaba entreabierta, se acercó, arri-

llegar en aquel mismo instante, y que habiendo enviado su coche y su gente al palacio, él solo se fue á pie hácia el lugar de su parque mas grato á su corazon.

"A Dios, Mr. de Walberg," dixo Maclovía. "¿No me llamais mas Federico?" replicó el jóven conde con tristeza. "Y bien, á Dios, Federico," respondió con una sonrisa encantadora, y marchó apriesa hácia su casa." La canonesa la esperaba para tomar el desayuno, y la chocó el ayre de satisfaccion que brillaba en su rostro. "Tú has dado un largo paseo, mi querida amiga" la dixo abrazándola. — Sí, tia mia, y contó entónces á madama de B... el descubrimiento casual del templo de mármol blanco, su encuentro con el conde de Walberg, y la licencia que le habia dado de pasar por la noche á palacio. — Muy bien,

mira un acaso verdaderamente maravilloso: además de eso, me alegraré muchísimo volver á ver y hablar á nuestro pobre Walberg, porque, añadió sonriéndose: *Constancia* es tambien mi divisa." Maclovia se puso colorada; pero el resto del dia estuvo mas afectuosa, mas cariñosa que nunca con la buena canonesa. Federico, dexándose llevar de su impaciencia, fue á casa de madama de B... una hora ántes de aquella en que le esperaba, y le recibieron de modo que le hicieron creer contaban ya con su acceleramiento, y le aplaudian.

Esta preciosa noche y los dias y meses que le sucedieron, ofrecieron una serie no interrumpida de los mas dulces placeres al corazon de estas tres personas, que unos mismos sentimientos y unas mismas inclinaciones debian unir para siempre: Maclovia y su

amante, satisfechos de estar juntos, no pensaban en que podian todavía ser separados, y ni aun siquiera alimentaban la esperanza que siempre mezclada de temor, solo dexa ver un incierto por venir.

Entretanto el príncipe de B... léjos de mostrarse irritado con su hermana, por haberse llevado á Maclovia, no se dignó escribirla, á lo ménos para darse por sentido; y en el espacio de diez meses aparentó olvidarse hasta de la exîstencia de su hija; esperaba un acontecimiento que debia colmarle de júbilo. La princesa de B... estaba embarazada, y así que parió escribió á su hermana para noticiarla tan feliz suceso.

"Querida Maclovia, pierdes tu fortuna, exclamó madama de B... mas adquieres, tal vez, la posibilidad de gozar un bien mil veces preferible al

que te han arrebatado." Maclovia palpitándola el corazon de gozo y de esperanza, rogó á su tia que escribiese á su padre, y no se atrevió á confesarla el motivo de su súplica. "Sí, le escribiré" contextó la canonesa; y aquella misma noche despachó un propio con una carta para su hermano. Despues de darle la enhorabuena por el nacimiento de su hijo; despues de expresarse con complacencia sobre la felicidad que debia experimentar, y en que ella tomaba parte sinceramente; le hablaba de Maclovia, de la aficion que la tenia el conde de Walberg; y en fin le pedia su consentimiento para una boda, que las circunstancias hacian ventajosa. "No os hablaré, añadia, de las virtudes, de las »excelentes qualidades de Mr. de Walberg, ni de la distinguida reputacion »de que goza en el mundo; mas pen-

„sad que á muy poca fortuna puede „aspirar vuestra hija, y el conde po„see bienes considerables."

Ocho dias despues de haber enviado esta carta madama de B... recibió la respuesta siguiente.

"Podeis, señora, disponer de la persona de que me hablais; yo renuncio todos mis derechos sobre ella."

El príncipe de B...

"Maclovia! Walberg! hijos mios, mis queridos hijos! exclamó la canonesa presentándoles el billete de su hermano."

Federico, inmóvil de sorpresa, enagenado de alegría, leyó la carta que le permitia lograr la mano de Maclovia. "Decidme que consentís en mi dicha, prorrumpió dirigiéndose á madama de B... Óh! mi generosa amiga, decidme que consentís en mi union con este ser encantador, al qual hasta

ahora no habia tenido la presuncion de aspirar. Gran Dios! ¿debia yo creer jamás llegar á tal grado de felicidad?—Sí, mi querido Walberg, yo consiento, obtened la recompensa de vuestras virtudes, y estad firmemente persuadido de que este momento es muy grato á mi corazon. Federico se echó entónces á los pies de Maclovia, que confirmó lo que su tia habia dicho, y en la semana siguiente los dos amantes pronunciaron al pie del altar el juramento de amarse eternamente.

Si en algun tiempo la felicidad se detuvo algunos instantes en la tierra, fue en Maclovia y Federico, donde halló su asilo. La canonesa de B... penetrada del interesante espectáculo que tenia delante de los ojos, no podia apartarse un momento de los jóvenes esposos, y aceptó una habitacion en el palacio de Federico para gozar del

placer de estar continuamente en su compañía.

Cinco meses despues, y en el éxtasis de union tan dichosa, Federico recibió órden de asistir con su regimiento á una revista general, que el emperador en persona debia pasar en las cercanías de Viena. Fue preciso obedecer; fue preciso separarse de los brazos de Maclovia, que bañados los ojos en lágrimas, no podia vencer la tristeza de que su corazon estaba oprimido.

"Querido Federico, le decia sin cesar, cree que sin ti yo no podré vivir."

Madama de B... absorta de su dolor, la reñia con dulzura porque se afligia con tanto exceso por una ausencia tan corta.

"No, tia mia, repetia, sin él yo no podré vivir." Y estas fueron las

últimas palabras que pronunció quando Federico entró en el coche.

Al momento que éste llegó á su destino, pasó con toda la plana mayor á casa del príncipe de Spigmarck, generalísimo de las tropas imperiales, y que debia preceder al monarca en la revista. Al ver el príncipe entrar á Federico, le volvió la espalda, y se dirigió con afabilidad á los demás oficiales que le acompañaban. Despues, de repente, como si hubiese mudado de pensamiento, se acercó al conde, le miró con menosprecio y le reprendió con aspereza y sin razon acerca de la conducta de su regimiento. Federico, respondió con respeto, y contradixo con tanta energía las objeciones del príncipe, que éste, léjos de quedar satisfecho, lo mandó imperiosamente callar. El conde se enardeció de ira, y se apresuró á salir, temiendo

dexarse llevar de su enojo, por no poder soportar tal proceder.

La revista general baxo la inspeccion del príncipe de Spigmarck se verificó al dia siguiente. La proxîmidad de Viena conduxo allí las mas hermosas señoras de la ciudad, y sus coches guarnecian el cordon formado por la tropa, contribuyendo á la belleza del punto de vista. Únicamente Federico podia disputar al príncipe de Spigmarck las ventajas de su figura, de su cuerpo, de su gallardía, y sobre todo de su finura; y muchas señoras dixeron bastante recio para ser oidas del generalísimo: "el conde de Walberg es el mejor mozo de todo el exército." El príncipe, zeloso por un elogio que tanto humillaba su vanidad, sintió aumentarse su odio á Federico, y juró interiormente, que su atrevido competidor se arrepentiria bien pronto de

sobresalir así en todas las ocasiones.

Concluida la revista, la oficialidad se dispersó por la llanura. Mucha parte pasó á una magnífica tienda de campaña donde habia un café; y Federico fue de este número. Sentado junto á una mesa iba á beber un vaso de ponche, quando oyó á sus espaldas al príncipe de Spigmarck, que decia: "este pobre aldeano es en verdad muy fátuo, y particularmente desde que ha seducido á la hija del príncipe de B... coqueta, necia, y abandonada de su padre con muy justa razon."

Federico no pudiendo contenerse mas tiempo, sacó un lápiz del bolsillo, escribió y firmó su dimision; en seguida acercándose al príncipe de Spigmark: "mi general, le dixo, leed este papel; él me da derecho para hacer saber al príncipe de Spigmarck, que el pobre aldeano de quien habla

no sufrirá á sangre fria una afrenta."

El príncipe tomó el papel, le recorrió ligeramente con la vista, le rompió, arrojó los pedazos á la cara de Federico, y tiró de la espada. El jóven conde al momento sacó la suya, y á pesar de los esfuerzos de los otros oficiales para separarlos, empezaron un terrible combate. Federico solo procuraba defenderse, pero Spigmarck, rindiéndose á su furor se precipitó sobre la espada de su contrario y cayó moribundo.

Validos los compañeros de Federico del desórden y confusion que entónces reynaba, le cercaron y obligaron á huir. Le ofrecieron dinero, y le hicieron montar á caballo despues de haberle disfrazado con un trage de aldeano que buscaron á toda priesa. Federico los dexó obrar; estaba atónito y admirado de todo quanto pasaba;

mas el recuerdo de su esposa le volvia bien pronto en sí, y pronunció diferentes veces el nombre de su querida Maclovia. "Amigos mios, añadió, instruidla de este funesto suceso." Despues cediendo á las instancias de sus compañeros, metió espuelas al caballo, y partió al galope.

Su intencion era de pasar á Trieste y embarcarse en aquel puerto para Francia ó Inglaterra. Al anochecer del segundo dia de su viage llegó á los bosques de Istria; el sol acababa de ponerse, y sus últimos crepúsculos doraban todavía la copa de los árboles, mas sus hojas formaban una sombra tan espesa, que no se distinguian los objetos. Federico precisado á ir siempre por veredas, se metió en una alameda con muchas vueltas y rodeos, dirigiéndose al Norte, camino que debia conducirle en poco tiempo al puer-

to de Trieste. Enagenado con la memoria de Maclovia, y oprimido de tristeza su corazon, no advertia que la obscuridad se aumentaba por momentos. En fin, detenido en un sitio del bosque adonde los árboles demasiado espesos apenas dexaban paso, tomó el partido de aguardar á que amaneciera para continuar su penosa ruta.

Ya se habia apeado de su caballo, quando oyó un pequeño ruido, y al punto distinguió dos hombres que se dirigian á él. "Quién va allá?" gritó uno de ellos. Federico montó á caballo, tomó sus pistolas, y guardó silencio. "No es de los nuestros, continuó la misma voz, no responde la palabra de órden, ataquémosle." Federico, dirigiendo entónces su pistola al que acababa de hablar, apuntó tan bien, que le dexó en el sitio; el otro ladron dió un silvido, y en el mismo

instante Federico se halló cercado de cinco ó seis hombres que le atacaron fuertemente; él se defendió con valor; mas agoviado por el número, y cubierto de heridas, cayó sin conocimiento á los pies de su caballo. Quando volvió en sí, vió que le habian puesto sobre unas angarillas llevadas por dos hombres, y oyó hablar á los dos lados. "Si está muerto, decia uno de los ladrones, le echaremos en la cisterna, pero si solo está desmayado y podemos curar sus heridas, nos será útil sirviéndonos de enfermero; cuidará de los heridos, y así nos evitará que se aminore la gente, quedándose uno de nosotros en el subterráneo....—Famosa idea! interrumpió el otro ladron con un juramento exêcrable, ¿no puede escaparse y vendernos? Además, ha muerto á Santiago nuestro valiente camarada, y yo pido venganza; mi dictámen es,

que si no ha muerto, le rematemos al momento." Entónces los ladrones pusieron en tierra las angarillas. "Qué simpleza! exclamó una voz bronca que salia de la vanguardia de la tropa, ¿no podemos despacharle á nuestro gusto luego que lleguemos á la cueva, y no pararnos aquí por tal friolera? Por otra parte aun no hemos despojado á este hombre, la noche está obscura como boca de lobo; ¿cómo podríamos ver lo que nos toca á cada uno? Vamos, marchemos, y que yo no oyga hablar mas del asunto. — Bravo! Capitan, gritaron los otros ladrones." Volvieron á tomar las angarillas, y continuaron su marcha.

El desgraciado Federico, debilitado por la mucha sangre que habia perdido, se desmayó diferentes veces en el camino, y quando recobró su conocimiento, se halló en un profun-

do subterráneo tendido sobre un monton de paja, y con la luz de algunos faroles suspendidos del techo de la cueva, percibió á catorce ò diez y seis hombres sentados al rededor de una mesa, y ocupados en hacer el inventario de lo que le habian quitado. Aquellos malvados le vistieron con algunos miserables andrajos, despues de haber cuidado de aplicar algunas medicinas y poner un bendaje á sus heridas. "Querida Maclovia, decia interiormente, estos quieren sin duda que yo viva!" Algunas lágrimas saltaron entónces de los amortiguados ojos de Federico, y corrieron lentamente por sus pálidas mexillas. Miéntras que preveía, estremeciéndose, la necesidad en que iba á verse, tal vez, de vivir entre los bandidos, su duelo con el príncipe de Spigmarck habia esparcido la consternacion por la corte de Viena. Cada uno

en particular se veía obligado á mostrar el mas vivo dolor por un acontecimiento que amenazaba los dias del favorito, cuya herida era tan profunda, que todavía no se atrevian los facultativos á responder de su vida. La ira del emperador contra Federico podia únicamente igualarse con su inquietud; y habiendo profesado siempre la mayor aversion á los desafíos, dió las mas severas órdenes contra el fugitivo; envió en su seguimiento tropa por todos los caminos, y mandó empezar el proceso.

Por desgracia, todas las pruebas eran en perjuicio de Federico, se ignoraba que hubiese hecho su dimision antes de batirse con el príncipe de Spigmarck, y fue sentenciado á muerte por haber intentado contra la vida de su general. Se publicó este terrible juicio fixando carteles en las esquinas

de Viena, y ofreciendo premio al que le entregase vivo ò muerto. No se hablaba de otro asunto en toda la ciudad; vituperaban atrevidamente el proceder del conde de Walberg, mas compadecian la suerte de la bella é interesante Maclovia, cuyo extremado dolor, espíritu y actividad, excitaban á un tiempo la piedad y la admiracion general: continuamente presente en todos los sitios en que podia suplicar por su marido: se la veía en la audiencia, se la hallaba en casa de los jueces, y finalmente llevó sus ruegos y su desesperacion hasta los pies del trono. De todas partes fue rechazada; de todas partes recibió la horrorosa certidumbre de su desgracia; y así que oyó pronunciar la fatal sentencia, la grande palidéz que se esparció sobre su rostro, su tranquila desesperacion y sus melancólicos y amortecidos ojos atemo-

rizaron hasta los mismos jueces. Algunos amigos de Federico la rodearon con el mas vivo interés; la apartaron del tribunal; ella se dexó conducir sin repugnancia, y ni siquiera reparó que estaba en los brazos de su tia, que sollozando la suplicaba que la siguiese. Dos dias permaneció Maclovia en este estado de estupor, y salió de él únicamente para decir á la canonesa de B... con un acento que traspasaba el corazon: "está condenado á muerte, él!... mi Federico! ah! no morirá solo."

El desdichado Federico, objeto de una ternura tan viva y tan penetrante, permanecia en el subterráneo con los ladrones. Sano perfectamente de sus heridas, se levantaba ya del monton de paja que le habia servido de cama; y podia cumplir con sus feroces huéspedes, desempeñando quanto exîgian de él.

"Te hemos salvado la vida, le dixo un dia el gefe de los bandidos, porque nos has parecido animoso y capaz de ser útil en qualquier apuro, pero no te conocemos bastantemente todavía para concederte el honor de alistarte entre nosotros; mientras tanto cuidarás de nuestro bravo camarada *Brazo de Hierro*, que, mírale, tiene una herida en aquella pierna, que le impide venir con nosotros en busca de la caza; te quedarás con él, y le harás compañía." "Sí, exclamó Brazo de Hierro (cuyo áspero carácter habia ya chocado á Federico) sí, consiento en ello, con la condicion de que abandone esa tristeza y languidéz que le hacen tener cara de mugercilla; porque, voto á Dios, que si me enfada bien pronto le despacharé al otro mundo." Esta fiera ocurrencia excitó una risa general á toda la tropa

de salteadores. Rodearon en seguida á Federico, le preguntaron su nombre, su profesion, y el objeto de su viage quando le cogieron en el bosque. Federico esperaba ya esta pregunta, y respondió que se llamaba Jorge, que era soldado del regimiento de coraceros imperiales, y que iba con licencia á Trieste donde estaba su familia. "Y bien! tu familia se pasará sin ti, replicó Brazo de Hierro; me parece que jamás te volverá á ver; ya tendremos buen cuidado; además de que permanecerás bastante tiempo aquí para que te cuenten despues por desertor, y entónces no podrás tomar mejor partido que unirte con nosotros."

Federico aparentó escuchar friamente esta sentencia, mas tenia traspasada el alma. Por lo regular, salian todas las noches los ladrones, y volvian antes de amanecer cargados de

botin que hacian despues de haber robado y asesinado á los infelices viageros.

Huir de su prision, y reunirse con Maclovia, era mas que nunca la idea dominante de Federico; pero ¿cómo efectuar este proyecto? ¿cómo sorprender la vigilancia de Brazo de Hierro, que ya empezaba á andar, y hacia la centinela en la única salida de la cueva? La compañía de los bandidos, aumentada con un refuerzo de sus camaradas repartidos por las montañas de la Carniola, ascendia entónces á cerca de sesenta hombres. Sus latrocinios y asesinatos crecian de dia en dia, y Federico no podia soportar el horror que le inspiraban. Resuelto á huir de aquella infernal guarida donde peligraba su vida, solamente se ocupaba en los medios de executarlo; ya habia podido esconder algunas ar-

mas debaxo de su cama, el monton de paja, quando la noche siguiente se oyó un gran ruido en las cercanías del subterráneo y al momento la tropa de los ladrones se precipitó en él con mucho desórden.

"Al arma, Brazo de Hierro, Jorge, gritaron, somos perdidos; han descubierto nuestra guarida, y no nos queda otro remedio qué vender caras nuestras vidas. Voto á Dios, dixo Brazo de Hierro echando mano á sus pistolas, que vengan; espero por mi parte despachar una docena." Colocado á la entrada de la cueva, se defendió con un valor digno de mejor empleo; mas luego cayó herido mortalmente, y espiró exhortando á sus compañeros á perecer todos antes que rendirse. Los soldados irritados por la resistencia de los ladrones, hicieron una espantosa carnicería. No se oía mas que los la-

mentos de los moribundos, y el ruido de las armas. Federico desde el principio de la accion se pasó al bando de sus libertadores, y combatió con ellos; pero enmedio de la confusion que habia en el subterráneo no advirtieron su conducta. Finalmente, los salteadores agoviados por la superioridad del número, se vieron obligados á entregarse. No cogieron mas que diez, los demás perecieron; y fueron atados de dos en dos, y colocados entre los caballos de los soldados. Federico intentó hacerse oir, pero fue en vano; le confundieron con los bandidos, que por una detestable malicia se obstinaron en sostener que era de su partido, y le hicieron marchar con ellos para conducirle á la cárcel de Viena.

Durante el viage, que fue largo y penoso, tuvo tiempo de reflexìonar en

su cruel situacion. Determinado á darse á conocer, no ignoraba que el mismo peligro amenazaba siempre á su vida, y que verosímilmente en un cadalso iba á terminar una carrera, que Maclovia debia adornar; consideraba la desesperacion que amenazaba á esta muger tan cara á su corazon; se acordaba de su ternura y de su tristeza quando pronunció su último á Dios, y un profundo suspiro se escapó de su pecho.

"Te afliges inútilmente, le dixo con poca afabilidad el soldado que iba á su lado, si es de arrepentimiento; tu pesar es bien tardío; si de miedo, tienes razon, á fe mia, pues te despacharán al momento para el otro mundo con tus dignos camaradas. — Ya os he dicho que yo no tengo nada de comun con estos malhechores; ellos me acometieron, y conduxeron á su cue-

va, adonde he estado dos meses sin poder hallar ocasion de escaparme."

Habiendo oido este diálogo el oficial que mandaba la partida, hizo un gesto como de sorpresa. Sacó un papel de su bolsillo, y le recorrió, mirando de quando en quando atentamente á Federico; en seguida mandando al soldado que le guardaba, que se apartase, le habló así: "tengo motivo para creer, señor, que las señas que tengo aquí concuerdan perfectamente con vuestra fisonomía; y la época en que, segun decís, habeis caido en manos de estos bandidos, acaba de confirmarme de que sois el señor conde de Walberg. — Sí, yo soy ese desdichado que el destino persigue con tanto rigor. Mi intencion era de darme á conocer en llegando á la cárcel de Viena; pero una vez que estais enterado, espero hallar en vos un hombre generoso,

obligado á perder toda esperanza de que calmasen en su alma agitada la inquietud y la turbacion.

Llegaron á los arrabales de Viena en la noche del octavo dia de este terrible viage. El oficial entregó los ladrones á un nuevo destacamento de soldados, é hizo entrar con él en un coche á Federico para conducirle separadamente á las mismas prisiones. Al atravesar las calles de la ciudad, una confusion de coches precisó al que conducia al conde de Walberg á pararse justamente delante de su propia casa. Percibió á la puerta á sus criados vestidos de luto, y al mismo tiempo entró en ella un coche enlutado tambien. Federico, sobresaltado, dió un grito involuntario, y creyó distinguir á la canonesa de B... en el coche que habia entrado en su casa.

"En nombre de lo que mas esti-

pues no consentireis que vaya confundido con estos perversos; y tendreis consideracion á la funesta situacion de un militar, que jamás ha faltado á las mas severas leyes del honor." El oficial justificó la opinion que Federico habia formado de él; le desató é hizo montar en su caballo, ínterin pudiese procurarle otro en la primera posada en donde se detuviesen.

Federico le preguntó por Maclovia, y juntamente si el príncipe de Spigmarck habia muerto, ò vivia aun. "Señor conde, contestó el oficial, tengo órdenes muy estrechas de no responder á lo que me pregunteis; he prometido formalmente cumplirlas, permitidme que no falte á mi palabra." Federico insistió en que le diese á lo ménos alguna noticia sobre la suerte de su querida Maclovia. El oficial fue inflexîble; y el jóven conde se vió

sionó aquella noche una ardiente calentura, acompañada del delirio mas extraordinario. "Maclovia! exclamaba sin cesar. Ó mi querida Maclovia!" El carcelero apeló á todos los socorros del arte, que por mucho tiempo fueron inútiles. "Ha muerto! decia con voz que despedazaba el corazon, Maclovia ha muerto! este luto... estas lúgubres luces!... Decidme que exîste! añadia como suplicando; y despues daba gritos horrorosos." Sus miembros estaban agitados de movimientos convulsivos, hasta que debilitada la naturaleza le sumergió en una especie de letargo, propia imágen de la muerte. De resultas de una de estas crisis terribles y al quinto dia de su enfermedad, volvió un poco en sí, abrió los ojos, y recorrió con sus lánguidas miradas los objetos de que estaba rodeado. Apenas alumbraban la prision los

mais, dixo al oficial, en nombre de la humanidad hacedme saber qué significan esos lúgubres vestidos." El oficial no respondió una palabra. "Bárbaro! jamás habeis amado. Oh! mi querida, mi amada, mi adorada Maclovia! Señor, añadió, estrechando entre sus manos las del oficial, decidme solamente que existe, y os cedo la mitad de mis riquezas. — Creed, señor conde, que padezco muchísimo en no contestaros, replicó conmovido, pero he dado mi palabra."

En este instante el coche llegó á la cárcel. El infeliz Federico baxó de él en un estado verdaderamente digno de compasion; y luego que le conduxeron á la torre que le estaba preparada, un sudor frio inundó su frente, y apenas tuvo fuerza para sostenerse. Este espantoso estado de temor é inquietud enardeció su sangre, y le oca-

rayos del sol, introduciéndose obliquamente por una pequeña ventana enrejada; mas pudo distinguir al lado de su cama una muger vestida de luto. Estaba ésta de rodillas; su actitud demostraba el mas intenso dolor: el pañuelo sobre que apoyaba su cabeza no permitia ver su rostro, pero se oían salir gemidos de su pecho.

"Dónde estoy? dixo Federico con voz casi ininteligible." Ella levantó la cabeza, y se la cayó el pañuelo: Federico tendió los brazos hácia ella, y añadió en tono delirante: "ángel del cielo, tú te me apareces, espera, voy á seguirte;" y cayó sin conocimiento sobre el seno de Maclovia. Las ardientes lágrimas con que regó el rostro de Federico, su dulce voz y sus alhagos, le volvieron bien pronto su razon; pero creía que deliraba; no podia persuadirse á que aquella muger fuese Ma-

clovia, su amada Maclovia; la rogaba que hablase, la interrumpia con sus exclamaciones de gozo; no cesaba de besar sus manos, y las oprimia fuertemente contra su corazon. Maclovia, conmovida de una agitacion que podia redundar en perjuicio de su esposo, se esforzó á tranquilizarle, recordándole insensiblemente su cruel situacion. Le informó como el príncipe de Spigmarck se hallaba todavía en un estado bastante peligroso, y que los médicos no encontraban otro recurso que enviarle á tomar las aguas del mediodía de la Francia, y que iba á partir incesantemente para Barege; que el emperador conservaba el mas vivo resentimiento por un asunto que habia puesto en tan gran riesgo los dias de su privado, aunque éste le confesó que Federico habia hecho su dimision antes de batirse con él. "O!

acontecimiento, cuyo resultado la sería muy fatal. Hacia tres semanas que habia muerto el príncipe de B... sin que se hubiese permitido á Maclovia ir á implorar el perdon de su padre y recoger sus últimos suspiros. "Mi madrastra, prosiguió, rehusó constantemente que yo le visitase, temiendo que mi presencia enterneciese á mi padre, y le induxese á retractarse de las ventajosas disposiciones que ha hecho en favor de su hijo, y tengo el desconsuelo de no haber podido obtener la bendicion paternal." Algunas lágrimas saltaron entónces de sus ojos, pero los cariñosos consuelos de Federico calmaron su agitacion, ó por mejor decir, la trasladó toda entera á sí mismo, y solo pensó en libertar una vida tan preciosa de los peligros que continuamente le amenazaban.

No obstante, todavía faltaba á Ma-

mi amado Walberg, añadió Maclovia, la única esperanza que nos resta es la bondad de la emperatriz; esta excelente princesa, compadecida de mi dolor, me ha prometido su proteccion: ya ha obtenido que la terrible sentencia pronunciada contra ti haya sido anulada; van á empezar tu proceso; quiera el cielo que tus jueces ménos inhumanos!..” Maclovia no se atrevió á proseguir, mas Federico leyó en sus hermosos ojos el exceso de su inquietud, y en particular el de su ternura para con él.

La felicidad de hallarse otra vez á su lado, de oirla y de verla, produxo en él un efecto maravilloso. La fiebre se desvaneció enteramente, y aquella misma noche se halló en estado de levantarse. Aun no habia pensado en preguntar á Maclovia por qué llevaba luto; y ella le notició el

clovia una confianza que hacer á su esposo; estaba embarazada de tres meses, mas no queria hacerle sabedor de esta noticia, que le hubiera causado á un tiempo júbilo y pesar, hasta despues del juicio de su proceso. "Si tengo la fortuna de salvarle, habia dicho á la canonesa de B... entónces sabrá que va á ser padre, pero si..." Maclovia no tuvo ánimo para continuar, y se arrojó sollozando á los brazos de su tia. "Tienes razon, hija mia, habia respondido madama de B... vivamente enternecida; cuidemos de la salud del desgraciado Walberg; y si somos condenadas á perderle, no añadamos al sentimiento que tendrá de dexarnos, el de no poder gozar de la dicha de abrazar á su hijo." Esta bondadosa señora, para quien la emperatriz habia conseguido, como tambien para Maclovia, el permiso de entrar

en la prision, fue á visitar á su querido Walberg. "Hijos mios! exclamó con los ojos bañados en lágrimas, ¿debíamos esperar hallarnos reunidos en tal sitio? Amada tia, yo soy el móvil de este funesto destino, replicó Federico con la mayor conmocion; sin mí, este ángel que me habeis entregado, mi querida Maclovia, viviria en el seno de la magnificencia. — Sin tí, ah! sin tí, ¡qué sería para mí la exîstencia!

Miéntras que estas tres personas ofrecian el quadro tan comun de la virtud en el infortunio, la causa de Federico se seguia con actividad; y ya habia sufrido diferentes interrogatorios. Confrontado con los ladrones, éstos ántes de padecer el suplicio á que estaban condenados, hicieron una declaracion enteramente igual á la de Federico, quando se dió á conocer al oficial de la partida.

La víspera del dia en que se debia ver la causa del infeliz Federico, el emperador mandó llamar á los jueces, tuvo con ellos una conferencia secreta por espacio de una hora, y este acontecimiento llevó el espanto y la turbacion al alma de Federico. En fin, en la mañana de este dia formidable un gentío extraordinario acudió al tribunal, y quando los jueces se retiraron para deliberar, se podia haber dicho que cada uno aguardaba la sentencia de su propia suerte. Un profundo silencio reynaba en la sala, todas las miradas estaban fixas sobre Federico, cuyo ayre de nobleza, de tranquilidad y resignacion inspiraban el mas vivo interés. Tres quartos de hora se pasaron ántes que los jueces volviesen, y desde el momento que entraron en la audiencia, se advirtió un murmullo general y aun algunas voces pronuncia-

ron, *gracia*, *libertad*; mas la quietud sucedió bien pronto á este leve movimiento en favor del reo, que fue sentenciado á pluralidad de votos, como sigue: "Y fallaron, que debian pronunciar y pronunciaban, que el tal conde Federico de Walberg, en castigo del duelo que habia suscitado, con menosprecio de las severas leyes que el emperador habia establecido contra todo agresor en este delito, estaba condenado á trabajar en las minas por el resto de su vida, y debia partir en el término de veinte y quatro horas para el Tiról, escoltado por los soldados encargados de custodiarle." Maclovia dió un horroroso grito, y cayó desmayada á los pies de su marido. Este, que hasta aquella ocasion habia mostrado el espíritu y la tranquilidad que inspira la inocencia, no pudo contener el ímpe-

última súplica, y se vió precisada á retirarse á su casa, con la terrible idea de que jamás volveria á ver á su querido Federico.

En la noche siguiente Walberg fue interrumpido en sus dolorosas reflexíones, por la órden de seguir á la guardia comisionada de escoltarle hasta el lugar de su destino. Suplicó le dexasen escribir á su muger, pero no pudo obtenerlo; y salió de los muros de Viena, de esta ciudad en donde habia gozado siempre de la estimacion general, en donde dexaba lo que mas estimaba en el mundo, como el mas vil malhechor, no teniendo mas consuelo que la desesperacion y la muerte.

Así que llegaron á la cordillera de montañas que atraviesa el Tiról, le mandaron se apease del coche, y despues de haberle despojado de sus vestidos para ponerle un trage grosero,

tu de su dolor al ver el deplorable estado de Maclovia. La levantó y estrechó fuertemente en sus brazos; y advirtiendo que permanecia pálida é inanimada, dirigió á los jueces las mas sangrientas reconvenciones; les hizo responsables de la vida de aquella desgraciada tan cara á su corazon, y les deseó la exêcracion pública. El pueblo conmovido por este triste espectáculo, y penetrado de la cruel suerte que iba á separar á dos esposos tan tiernamente unidos, respondió con gritos de sublevacion al discurso de Federico; y los jueces se vieron obligados á huir del furor de que estaban amenazados. Al punto entró la guardia en la sala, y la infeliz Maclovia no recobró el uso de sus sentidos sino para verse arrancar de los brazos de su esposo; quiso seguirle á su prision, pero se opusieron ásperamente á esta

le conduxeron á la boca de una profunda caverna construida en la cuesta de la montaña. Colocado el desventurado Federico en una especie de columpio, suspendido por cuerdas, baxó lentamente al abismo en que para siempre iba á sepultarse con él toda esperanza de felicidad. Vió desaparecer insensiblemente los rayos del sol, y las tinieblas se aumentaban á medida que le hacian descender á aquella gruta infernal, que se ensanchaba hácia su base. Á mas de trescientos pies de profundidad sintió Federico que habia cesado de baxar. El tenue y vago resplandor de algunos faroles repartidos sin órden por la inmensidad de la caverna, apenas permitia distinguir los objetos que le rodeaban. El gredoso terreno sobre que se andaba producia algunos ecos semejantes al ruido de los truenos, y los ha-

bitantes de aquella lúgubre mansion atemorizarian al corazon mas osado. Su excesiva extenuacion, sus hundidos y amortiguados ojos, sus vestidos ennegrecidos por los vapores mefíticos del mineral que sacaban continuamente de las entrañas de la tierra, presentaban el horrendo aspecto de las sombras del Tártaro, y quando se acercaron á ver á su nuevo compañero, Federico no pudo evitar un movimiento de horror. El director de los trabajadores de la mina mandó bien pronto á estos miserables que volviesen á sus puestos; y habiendo tardado en obedecer algunos de ellos, los persiguió y castigó cruelmente con un látigo formidable, por haber faltado á la subordinacion.

Federico apoyado en uno de los toscos pilares que sostenian la bóveda de aquella cueva infernal, se entregaba

á la mas melancólica desesperacion, y media con la vista la inmensidad de su sepulcro. "¡Para siempre, decia en voz baxa, para siempre separado de Maclovia!" Este nombre tan amado enterneció su corazon; y sus ojos se humedecieron con algunas lágrimas.

El director de las minas se llegó á él; "hoy, le dixo, podeis descansar; pero mañana al momento que la campana anuncie la hora de empezar el trabajo, tendreis cuidado de hallaros entre vuestros camaradas; y echando sobre Federico una severa mirada le volvió la espalda. Espero, replicó friamente Federico, que no me confundireis con esos facinerosos, y os pido el favor de trabajar solo en el sitio que me destineis. — Señor conde de Walberg, contestó con aspereza el director, aquí todas las clases son iguales; no hay la menor distincion. El celo

y la actividad merecen únicamente fixar mi atencion, y á nadie sino á vos corresponde haceros distinguir."

El dia siguiente, si se puede llamar así el círculo de horas que señalaba un gran relox de madera, cuya pesada péndola moviéndose en el centro de aquella caverna tenebrosa, hacia un son lúgubre y dilatado, Federico fue apartado, por un ruido terrible, del sueño, ò por mejor decir, del penoso cansancio que suspendió por algunos momentos el recuerdo de su desgracia. Al toque de la campana que se oía en la extremidad de la cueva, y cuyos ecos multiplicando las vibraciones se asemejaban á los gritos ò gemidos lastimosos, el desdichado Federico dexó su miserable cama y marchó con sus compañeros al sitio destinado para trabajar. Sería imposible describir lo que padeció en este

primer ensayo de vida á que estaba tan poco acostumbrado, y en el espacio de siete meses se esforzó á aumentar su espíritu. El infeliz no ansiaba otra cosa que la muerte; la buscaba todos los dias, y la esperanza de terminar bien presto su existencia le daba un valor superior á sus fuerzas. El director admirado de su celo, y sobre todo prendado de su afabilidad, y de su nobleza, llegó á profesarle bastante cariño; le dió otro quarto mas limpio, otra cama mas cómoda, y le hizo comer con él. Federico, poco sensible á unos favores, que podian alargar su tormento, trabajaba con mayor ahinco. Ya una fiebre lenta consumia poco á poco los dias de su vida, una hinchazon dolorosa se propagaba por sus miembros. "Todavía algunos instantes mas, decia, y me libertaré de mis males." Un dia obligado por el

director á ir á descansar un rato en medio de las horas del trabajo, se echó sobre una estera debaxo de la abertura por donde se baxaba á la mina. Escogió este parage por mas perjudicial á la salud, y mas húmedo que el quarto que le habian señalado; pues procuraba buscar quanto pudiese acelerar su muerte. Pronto se durmió, y un sueño misterioso se apoderó de sus facultades intelectuales. Se le figuró que por la abertura de la bóveda baxaba una luz muy viva, que esparcia sobre él sus rayos; un espíritu aérco de encantadora belleza aparecia en medio de esta gloriosa aureola. La sonrisa se mostraba en sus labios; baxó lentamente hácia Federico y le presentó una corona de rosas; el suave olor que exhalaban ocasionó en su alma una tranquilidad deliciosa; alargó la mano para asirla, pero despertó á

este tiempo; y creyó que la ilusion duraba todavía al mirar como baxaba la misma luz hácia él. Maravillado de este prodigio, fixó su vista en la abertura, y distinguió algunas luces que llevaban delante de una persona que descendia en el columpio. Los debilitados ojos de Federico no pudieron resistir el resplandor de esta claridad; los cerró y volvió á echarse en la estera, acongojándose por el sueño que acababa de lisongear su imaginacion.

"Federico! ¡mi querido, mi amado Federico! pronunció una dulce y armoniosa voz." Federico abrió los ojos, percibió entre las luces á Maclovia, y se halló en sus brazos. "Ángel del cielo, exclamó, si eras tú, ¿cómo he podido desconocerte? aguarda algunos instantes, y te seguiré; nos reuniremos para siempre en tu patria celestial! — Federico mio!.. — Gran

Dios, qué pálida está! ¡cómo abrasan sus manos... qué miradas tan siniestras echa sobre mí!" Federico se desasió de los brazos de Maclovia, y la exâminó por un momento en silencio. "Dime si estoy dispierto, prorrumpió; eres tú? eres realmente tú? y se anegó en llanto. Maclovia, estrechándole de nuevo en sus brazos, "sí, yo soy, le dixo, tu esposa, tu amiga, tu eterna compañera que viene á participar tu suerte, y á vivir contigo." Federico hizo un movimiento de consternacion. "¡Tú vivir en esta horrorosa morada! exclamó; no, no, jamás lo consentiré." Maclovia, sin contestarle presentó con viveza un pliego cerrado al director de las minas. "Ved, le dixo, una órden del emperador, en que os manda recibirme aquí, y me permite pasar el resto de mis dias al lado de mi marido."

El director, transportado de admiracion, callaba, y no podia comprender, que una señora tan jóven y tan hermosa fuese capaz de igual sacrificio, y conservaba en sus manos el pliego aun cerrado. "Obedeced las órdenes de vuestro soberano, continuó Maclovia con gravedad." El director se inclinó con respeto. "Señora, la contestó despues de haber leido, sabreis sin duda el rigor de las condiciones que debeis observar; ¿ tendreis valor suficiente para someteros á ellas? — Maclovia! gritó Federico con acento de desesperacion, no consumarás tan espantoso sacrificio; lo repito, jamás lo consentiré; yo te prohibo permanecer aquí, y así es preciso separarnos. — Separarnos! Ó, jamás, jamás! Escucha Walberg, añadió en tono mas tranquilo: bien puedes apartarme de tu lado, sacrificar á la falsa

delicadeza que te ciega el voto mas ardiente de mi corazon, y confundir así mi cariño con aquellos sentimientos vulgares, que se entibian con los obstáculos, y que la desgracia destruye; pero pongo por testigo al cielo que nada podrá arrancarme de aquí. No me impedirás seguir tus pasos, cuidar de ti, no, cruel, no me impedirás que viva! — Gran Dios! ved el último golpe que me reservaba mi destino, dadme fuerza para resistirle. Qué! ¡te veré en esta horrible morada á ti, única amiga mia, muger incomparable! ¡veré aniquilarse tu juventud y tu belleza entre los espectros de este sepulcro! ¡y he de soportar la horrorosa idea de que yo mismo te he sumergido en la estancia de la muerte! No, no tendré tan bárbaro valor!" Y postrado á los pies de su esposa, la instaba que abandonase aquel sitio; pero nada pu-

do convencerla. Precisado á ceder á una prueba de cariño tan fino y tan heroyco, pronunció con voz balbuciente el consentimiento deseado, y la alegría que experimentó entónces Maclovia esparció por su hermoso rostro una expresion interesante. Recorriendo con velocidad las encrucijadas de aquel tenebroso sitio, consolaba á los tristes compañeros de Federico, y les prometió con sigilo aliviar su miseria. Aquellos desdichados que tanto tiempo hacia no habian oido una palabra afable, seguian á Maclovia colmándola de bendiciones, y repetian con los ojos bañados en lágrimas, que un ángel habia baxado entre ellos. Lo restante de este dia fue festivo para los habitantes de aquella lúgubre mansion. El mismo director, olvidando su acostumbrada severidad, permitió que se suspendiese el trabajo, y toleró que se

repartiesen entre los mineros las provisiones que Maclovia habia hecho llevar para ellos.

De este modo fue como dos esposos jóvenes, hermosos, favorecidos de todos los dones de la fortuna, y que podian esperar un porvenir muy dichoso, se hallaron reunidos en las entrañas de la tierra. Mas estaban juntos, tenian la seguridad de no ser separados jamás, y esta consoladora idea hacia desaparecer el horror de su situacion. Maclovia, en particular, no advertia la tristeza de la morada que habitaba; la presencia de Federico era el todo para ella. Sin cesar ocupaba su imaginacion en él, y vigilante en prodigarle sus cuidados, parecia que no vivia de otra cosa sino de al exîstencia de Federico, y solo padecia sus males. No obstante, ¡qué dolorosos pesares oprimian secretamente su

¡quién cuidaria de mi desdichado Federico, si yo le abandonase! no tiene sino á mí en la tierra; mi deber me llama á su lado, y le amo con demasiada pasion para que su infortunio no acreciente mi cariño." De esta manera resistió Maclovia á las súplicas, á las lágrimas de la canonesa, sobresaltada por el proyecto que habia concebido su sobrina de sepultarse viva. ¡Ó mágia poderosa de un sentimiento enérgico; verdadera emanacion de la divinidad, por quien los mas penosos sacrificios son transformados en placeres: sí, tus favores desconocidos del vulgo son la secreta recompensa de las almas fuertes, sometidas á tu celestial influencia!

Vuelto á la vida Federico por la presencia de su hermosa compañera, no padecia ya aquella dolorosa incomodidad que le habia hecho desear el

corazon, quando pensaba en lo que habia dexado por ir á unirse con su esposo! Era madre; aquella sensibilidad tan poco comun y tan extraordinaria (que hasta entónces habia sido la delicia y el tormento de su vida) la concedia mas que á ninguna otra la facultad de experimentar toda la fuerza del amor maternal; ¡y le habia renunciado, acaso para siempre! ¡Con qué ánimo, con qué abnegacion de sí misma esta estimable muger se habia separado del nuevo objeto de cariño tan tierno! "Tia mia, dixo á la canonesa de B... al entregarla su hija, recibid este sagrado depósito; velad sobre él, y reemplazad á los desgraciados autores de su vida; permita el cielo que jamás conozca esta inocente criatura los tormentos que despedazan el corazon de su madre! quedais para cuidarla, no la compadezcais; mas ay!

fin de sus males. Al presente se estremecia con la horrorosa idea de la muerte; solo esta podia separarle de lo que mas estimaba en el mundo; y si la deseó, fue por verse obligado á vivir sin Maclovia.

El director de las minas mostraba cada dia mayor atencion para con los dos esposos; únicamente exîgia de Federico que fuese al sitio del trabajo, y concluyese las cortas tareas puestas á su cuidado. Maclovia recompensaba esta indulgencia con repetidos regalos: tuvo la advertencia de llevar consigo un precioso cofrecito de diamantes, en el qual colocó tambien los suyos la estimable canonesa. "Yo no volveré á verte, dixo llorando á Maclovia; tenga á lo menos el consuelo de saber que estos superfluos adornos podrán serte útiles, como tambien á nuestro desgraciado Walberg." Con algunas

joyas de estas consiguió Maclovia entretener la benevolencia del director para con Federico.

Á los ocho meses de su llegada á las minas, Federico fue atacado del mismo mal que habia padecido. Su palidéz y el melancólico abatimiento en que permanecia dias enteros conmovieron en extremo á la sensible Maclovia; sus ojos estaban fixos siempre en él, se anegaba en llanto al contemplar los progresos de una enfermedad que no tenia remedio, pues su orígen provenia del ayre mefítico que se respiraba en aquella morada. En vano Maclovia, fuera de sí, invocaba en su socorro al cielo; en vano ponia todo su conato en el infeliz objeto de su amor; le veía caminar por instantes al sepulcro, y no podia contener en el alma su dolor y su temor. El director se mostraba sensible á su desespe-

racion, si se puede definir así aquella especie de compasion involuntaria de las almas comunes al presenciar las penas de otro. Pero quando Maclovia se aventuraba á hablarle sobre la posibilidad de huir, recobraba toda su severidad, y la respondia, que solo la muerte podia librar de su prision á Federico. "La muerte! la muerte!" repetia Maclovia con alteracion; y sus penetrantes gemidos resonaban en aquella horrorosa concavidad.

Hacia tres semanas que Federico tenia licencia para estarse en su quarto, y el director procurando disimular con los otros trabajadores el favor particular acordado al jóven conde, les hacia creer que éste se hallaba gravemente enfermo. Las alhajas que recibia sin cesar le habian vuelto el mas afable y mas complaciente de los hombres. Ya era dueño de una gran parte

de los diamantes de Maclovia; pero todavía codiciaba con ansia una preciosa sortija, valuada en doce mil florines, que Federico regaló á su esposa la víspera de la boda; y el deseo de poseerla era el único sentimiento de su corazon. Sin embargo, no dexaba de conocer que tal joya debia ser el premio de un servicio señalado; el que exîgian de él le podia comprometer peligrosamente, y por tanto siempre le rehusaba. Á fuerza de cabilar, y de combinar los medios para gobernarlo todo, le ocurrió un proyecto que le pareció practicable; y al momento le comunicó á Maclovia. "No puedo expresaros, señora, la dixo, quánto me aflige vuestro dolor, pues, segun mi sentir, el conde se dexará vencer del mal que le devora." La respuesta de Maclovia fue su llanto. "Oid, prosiguió, lo que he pensado; ¿os hallais

con ánimo para alejaros de vuestra patria, é ir á vivir á una tierra extraña? — Ay! aquí es donde debo cesar de vivir, si mi desventurado Federico... Los sollozos sufocaron su voz y no pudo continuar. Señora, replicó el director, escuchadme. Ya sabeis que os está prohibido dexar estos lugares mientras viva vuestro marido, y no podeis obtener la libertad hasta que el cielo disponga de sus dias; á menos que cansada de un destierro tan penoso no os decidais á abandonarle, y entónces no os será permitido volver á entrar. Estas son las condiciones que el emperador os impuso al concederos la gracia de vivir entre nosotros. Mas para mostraros mi celo y el sincero deseo que me acompaña de poner fin á vuestros males; oid mi proposicion: Exîjo, ántes de todo, tanto de vos como del señor conde, el juramento

mas sagrado, y mas solemne de que, si os proporciono salir de esta gruta, habeis de alejaros al momento de Alemania... Ó hija mia! ¡así podré yo verte!" exclamó Maclovia fuera de sí arrojándose á los pies del director; despues agarrándole las manos, no cesaba de besarlas regándolas con sus preciosas lágrimas. "Exîjo además, continuó, que á nadie hareis saber vuestra libertad hasta no estar yo en el lugar seguro. Ahora voy á instruiros de cómo hemos de executarlo." Maclovia zozobrando de esperanza y alegría levantó sus ojos al cielo, y detuvo hasta su aliento por no perder una sola de las inapreciables palabras que iba á oir.

El director la explicó su proyecto; convinieron en que él extenderia la voz de la muerte de Federico entre los compañeros de su infortunio; que

Maclovia pediria la gracia de llevarse el cuerpo de su marido, para hacerle enterrar en una de sus haciendas; y que haria en efecto depositar un féretro en donde la pareciese, á fin que constase públicamente la muerte de Federico; que él les proporcionaria escaparse en secreto; y que despues ella se uniria con su esposo pretextando que aborrecia su patria por las muchas desgracias que en ella habia padecido, y que iba á buscar á otro clima el consuelo de sus penas y el descanso que tanto necesitaba.

És preciso haber amado como Maclovia, y haber experimentado como ella lo mas cruel de que son susceptibles la inquietud, el temor y la desesperacion, para formarse una idea del desórden de su gozo quando decia y repetia á Federico; ya estás libre! "Ó mi amada Maclovia! contestaba

el conde estrechándola sobre su corazon, sí, ya estoy libre, pues no tengo la terrible alternativa, ó de verte morir en esta lúgubre mansion, ó de verte apartar de ella sin tu desgraciado amigo." El director, impaciente por poseer la hermosa sortija de los doce mil florines, como tambien un rico alfiler de diamantes que Maclovia prometió añadir; se ocupó todo aquel dia en los preparativos necesarios para lograr su empresa. Pronto corrió la voz de que Federico se hallaba en sus últimos instantes, y Maclovia que no se apartaba de su esposo, se vió muy apurada para alejar de allí á los deplorables habitantes de aquella espantosa morada, cuyo dolor y sinceros lamentos era un indubitable tributo de su aficion al compañero de sus trabajos. Referian llorando las pruebas de bondad que siempre habian recibi-

do del conde de Walberg y de su amable consorte, y hacian votos porque dos esposos tan perfectos nunca fuesen separados. En fin, el fatal suceso fue comunicado en medio de la consternacion general, y quando el director hizo saber como concedia á la jóven condesa el permiso de llevar consigo el cuerpo de su marido, se oyeron aclamaciones unánimes.

Casi al finalizarse la noche siguiente, Maclovia cubierta con un gran velo acompañó al director, que se encargó de transportar él solo á Federico, envuelto en una sábana, fuera de la mina, y se colocó con él en uno de los columpios; Maclovia les precedió en otro, y llegaron así lentamente á la superficie de la tierra. Las centinelas de la entrada de la caverna advertidas por el director, dexaron pasar la fúnebre tropa, y una partida de

soldados la acompañó con hachas hasta la silla de posta que aguardaba á Maclovia. Despues de haber el mismo director depositado á Federico en un ataud, le cerró con prontitud, y se despidió de Maclovia. La posta partió al momento, y se introduxo en un bosque que se extendia por el lado izquierdo del camino. Llegaron á lo interior de una arboleda solitaria á corta distancia de la mina; el postillon se paró, baxó del caballo y fue á tomar las órdenes de Maclovia. La dixo como era hermano del director, y que habiéndole confiado este importante secreto, no quiso encargar á otro el cuidado de conducirla. "Hallaréis, señora, añadió, en las arquillas de la silla quanto es menester para el disfráz del señor conde; en saliendo de la caxa la llenaremos de tierra, á fin de que su peso no parezca sospecho-

so quando la hagais depositar en el sitio señalado para la sepultura de vuestro esposo."

Maclovia siguió las ideas del postillon. El conde ennegreció sus rubios cabellos, y se puso un vestido de paño ordinario, desfigurándole este trage tanto, que solamente los ojos del amor podian conocerle; mas nada se escapa á sus perspicaces miradas; y así Maclovia consideró con sobresalto que el ayre libre y la conmocion que causaba á Federico una libertad inesperada podrian serle perjudiciales; en efecto, apenas tenia fuerzas para sostenerse y tardó poco en desmayarse. El postillon turbado por este acontecimiento le llevó á la silla de posta, á pesar de las lágrimas de Maclovia y la súplica que esta le hacia de socorrer á su esposo. "El movimiento del carruage le aliviará, respondia el postillon;

no hemos de perder tiempo para llegar á la ciudad vecina; allí podreis hacerle cuidar, y le instruireis al mismo tiempo de los medios de continuar solo su camino, miéntras que yo os lleve con esta caxa al lugar de vuestro destino."

La infeliz Maclovia sosteniendo en sus brazos al exânime Federico, se entregaba á la mas terrible desesperacicn al ver que su marido no volvia en sí, no obstante la rapidéz con que se movia la posta. Cerca de tres quartos de hora se pasaron así, quando se oyó un gran ruido, y ella vió muchos caballos que corrian en seguimiento de la silla; estas palabras: *para, para,* acabaron de helar la sangre de sus venas. Oprimió fuertemente contra su pecho á Federico, y estuvo casi para caer en el mismo estado que su desgraciado esposo, al ver el carruage

rodeado de muchos hombres, miéntras que otros dos obligaban al postillon á detener sus caballos.

"Adónde está?" pronunció una voz que Maclovia creyó reconocer. En el mismo instante un coche se acercó á la silla de posta, y se presentó á la vista de su sobrina la canonesa de B... "Ah! tia mia, que nos perdeis, dixo Maclovia con voz débil, y dexó caer su cabeza sobre el rostro mortal de Federico.—Gran Dios! exclamó la canonesa consternada; qué veo! qué significa?... adónde está Federico? traygo su libertad... la emperatriz me ha encargado... — Su libertad, tia mia! interrumpió Maclovia con un grito penetrante; Federico? mi querido Federico?" Y mostraba con desórden la preciosa carga que descansaba sobre su corazon. Madama de B... reconoció entónces á Federico, y acudió pronta-

mente á aplicarle algunos espíritus; le sacaron de la posta, y á fuerza de remedios y de perseverancia lograron volverle á la vida.

El gozo de Maclovia habia enagenado su razon, y no podia pronunciar sino palabras interrumpidas, y sin conexîon alguna. La canonesa agitada por este violento estado aparentó serio desasosiego por la vida de Federico. Desde este momento, la brillante ilusion de felicidad y enagenamiento desapareció del corazon de Maclovia, ella se acercó á su marido, le contempló algunos minutos en silencio, y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

Federico fixó sobre ella una mirada en que estaba pintado el mas fino cariño. "Ved el cielo, dixo señalando á la bóveda azulada que entónces doraban los primeros rayos del sol, ved el cielo y ved á Maclovia; este

delicioso instante repara quanto he sufrido."

La conmocion de la canonesa, la alteracion de Maclovia, y el regocijo de Federico al ver á su muy amada compañera fuera de la tenebrosa mansion adonde la habia conducido á enterrarse el tierno cariño que le profesaba, ofrecian la escena mas interesante. Despues de haber madama de B... consolado á Maclovia, haciéndola saber los motivos de la fingida inquietud que habia mostrado por el estado de Federico, les contó circunstancialmente el objeto de su viage.

La muerte del emperador Francisco I.º que hacia un mes extendia el luto y la afliccion por todo el imperio, era sin embargo el acontecimiento al qual debia su libertad Federico. La emperatriz María Teresa, teniendo entónces las riendas del gobierno, pene-

trada del singular amor que Maclovia tenia á su infeliz esposo, y vencida por las reiteradas solicitudes de madama de B... concedió en fin la libertad al conde de Walberg.

"Nuestra excelente soberana no limita á eso sus mercedes, añadió la canonesa; quiere, mi amado Federico, indemnizaros de quanto habeis padecido; os llama á su corte, y os nombra uno de sus gentiles hombres de cámara. Estoy encargada de conduciros al pie de su trono con vuestra esposa, por quien la emperatriz ha concebido una amistad y estimacion sincera. — Ah! la soledad con Maclovia y vos, querida tia, ved la única suerte que deseo." Madama de B... le apretó la mano, y continuó así: "Luego que obtuve la gracia de Walberg subí en un coche escoltado de mi gente. He corrido quanto me ha sido posible,

pues un minuto de detencion me hubiera sido insoportable. Juzgad lo que padeceria mi espíritu quando llegué á la entrada de la mina, y las guardias me dixeron que la señora jóven por quien preguntaba, acababa de partir con el cuerpo de su marido, que ellos mismos habian visto depositar en una caxa colocada en la posta en que ella subió. Qué! ¿el conde de Walberg ha muerto? exclamé traspasada de dolor. Pensaba en mi desdichada Maclovia, y me faltó poco para perder el uso de los sentidos. Pregunté finalmente á las guardias qué camino habia tomado la silla; no lo sabian, y me dixeron que solo el director podria instruime; le hice llamar, y su turbacion, al saber que yo llevaba el perdon del conde de Walberg, me causó la mayor sorpresa. Me suplicó le escuchase en particular, me reveló to-

do el misterio de vuestra fuga, é imploró mi proteccion para con él. Considerad, hijos mios, quál sería mi gozo quando supe que mi pobre Federico existia aun, y quál mi impaciencia por seguir vuestras huellas. Recompensé los desvelos del director; le prometí interesarme por él en qualquiera ocasion, y tomé sin dilacion la ruta que me indicó." Los dos esposos se echaron en los brazos de la canonesa, y regaron sus manos con las dulces lágrimas del reconocimiento. Despues de haber pasado un buen rato en la arbolada en donde se detuvieron, para que Federico se repusiese, entraron todos tres en el coche de madama de B... y continuaron su camino hácia Viena. Por haber huido el postillon que llevó á Maclovia, un criado de la canonesa se encargó de la silla de posta, en la qual permanecia aun el

ataud. Quando llegaron los dos carruages á las orillas del Inn, que atraviesa todo el Tiról, Maclovia mandó á los criados de su tia destrozar la lúgubre caxa, y arrojar los pedazos á las aguas del rio.

En lo restante del camino, que se hizo á jornadas cortas, por no causar alteracion en la salud de Federico, la canonesa escuchó la narracion de las penas de Maclovia, que temblaba continuamente por la vida de su esposo. El recuerdo de este terrible momento daba á su melodiosa voz una inflexîon tan penetrante, que hacia derramar lágrimas. "Juzgad, dixo Federico, juzgad con qué terror, con qué sobresalto miraria yo la muerte, al considerar que únicamente ella podia separarme de esta preciosa criatura! — Pobre Walberg! ah! sí, conjeturo quánto habreis padecido!

Finalmente avistaron los muros de Viena, y poco despues el coche entró en la ciudad; Federico y Maclovia se apearon en casa de madama de B... por librarse del parabien público, lo que hubiera sido mas difícil si hubiesen ido á parar á su propia casa. Pasaron una semana en descansar de sus penalidades, y en este intervalo Federico se restableció lo suficiente para ponerse á las órdenes de la emperatriz, que se habia dignado enviar todos los dias á saber del estado de su salud.

Así que vió á los dos esposos, y notó en sus pálidos y desfigurados semblantes las señales de quanto habian padecido, no pudo contener sus lágrimas, y levantando con presteza á Maclovia y Federico que se echaron á sus pies, los estrechó en sus brazos. "Condesa de Walberg, dixo á Ma-

clovia, creed que siento una verdadera satisfaccion por haberos vuelto un esposo tan amado. Espero que nada en adelante turbará la felicidad de que vais á gozar, y á que sois tan acreedora." Esta sin igual princesa habló en seguida familiarmente con Federico, le hizo muchas preguntas, escuchó sus respuestas con interés, y ella misma le confirmó en el nombramiento que le acercaba á su persona. "Pero, añadió con una sonrisa llena de bondad, conozco que necesitais de descanso despues de tan largos trabajos, y por tanto os permito retiraros á vuestras haciendas por seis meses. Concluido este plazo, os veré con placer tomar posesion de vuestro empleo." Federico, penetrado hasta el alma, habló de su vivo reconocimiento con aquel desórden y aquella energía que son las verdaderas expresio-

nes; miéntras que la dulce voz de Maclovia engrandecia la bondad de la emperatriz. Todos los cortesanos rodearon al conde de Walberg; le colmaron de elogios y de pruebas de su afecto; de este número fue tambien el príncipe de Spigmark, enteramente restablecido ya de su herida; habia perdido su fatuidad, su antigua arrogancia, y juntaba sus parabienes con los que dirigian á un hombre que la emperatriz distinguia; pero quando se acercó á Maclovia, hizo esta un movimiento de espanto, y no pudo disimular el horror que la inspiraba el autor de todos los males de su amado Federico.

Esta union tan amable, y hasta entónces tan desgraciada, volvió á hallarse en el estimado retiro donde habia disfrutado en otro tiempo de tan deliciosos instantes. El sol caminaba hácia su ocaso quando entró el coche

en una corta alameda que iba al palacio de Federico; una brillante iluminacion dispuesta por la canonesa, que se adelantó á los dos esposos, daba la mayor claridad á la arboleda del parque: la divisa de Maclovia, VALOR Y CONSTANCIA, se veía repetida á cada paso, y el pequeño templo de mármol blanco adornado de guirnaldas de flores se presentó á los enternecidos ojos de Maclovia y Federico, como el sitio del reposo en donde debian detenerse; todos sus criados fueron á llevarle allí el tributo de su extraordinario júbilo. Maclovia, sin embargo, mostraba estar bastante conmovida; sus miradas se encontraban sin cesar con las de la canonesa, cuyas señas de inteligencia no podian calmar su inquietud. Federico realzaba el interesante grupo que le rodeaba extrañando no ver á la fiel Bathilde; y al tiem-

po que iba á preguntar por ella, madama de B... hizo una señal, y Bathilde apareció conduciendo en sus brazos una niña de la mas hermosa figura y de diez meses de edad; tenia con sus dos manitas una corona de rosas como las del espíritu aéreo que vió en sueños Federico el dia de la llegada de Maclovia á la mina; una camisita de una tela muy delgada y transparente dexaba ver la blancura, como tambien los redondeados contornos de su bonito cuerpo; y obedeció sonriéndose quando la dixo Bathilde que presentase la corona á Federico.

"¿Quién es esta graciosa criatura? preguntó el conde muy admirado. Es tu hija, respondió Maclovia, tomando la niña, y presentándosela á Federico.—Mi hija! Maclovia, qué dices?.. he entendido bien? gran Dios! sería posible?... Sí, es vuestra hija, replicó

la canonesa, es CONSTANCIA de Walberg la que os presenta su madre. Ah! exclamó Maclovia, sin ella, sin su nacimiento, crees tú que yo hubiera tardado siete meses en pasar á la horrenda morada que te ocultaba á mi ternura?"

Federico embargado de sorpresa, transportado de alegría, y penetrado de una agitacion que le impidió hablar, no hacia sino besar á su hija; la oprimia contra su corazon y humedecia su delicado rostro con las mas dulces lágrimas que habia derramado en toda su vida. "Semejante felicidad, dixo en fin con voz interrumpida, es superior á las fuerzas de un mortal. Mi hija!.. la hija de Maclovia! la hija de este ser encantador! Muger sublime, continuó arrojándose á los pies de su esposa, tú te has privado de todo por mí; me has sacrifi-

cado hasta el amor maternal! — Querido Federico! Ó mi bien amado Federico! no hablemos mas de lo que hemos padecido. Este momento repara todo...

No pasó de aquí. ¡Cómo copiar sin debilitarlas, las expresiones de un cariño tan fino, tan puro! Ah! qualquiera que intentase pintar tal amor, jamás será digno de experimentarle.

Ningun acaecimiento penoso perturturbó en lo sucesivo el afortunado curso de la vida de estos amables esposos; y si alguna ligera nube obscurecia su buena armonía, Maclovia consideraba quánto habia sufrido por ella su marido, Federico recapacitaba el singular afecto de su muger, y los dos esposos abrazándose mútuamente, pronunciaban: *Ah! nada falta á mi felicidad.*

# LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA
## EN LA LIBRERÍA DE MIGUEL DOMINGO.

*Anquitil*: Compendio de la Historia Universal: 17 tomos en 8º mayor, con láminas finas.

*Ramirez*: Conversaciones de un padre á sus hijos sobre la historia natural, escrita en francés y traducida al castellano: 4 tomos en 8º con láminas finas.

*Quintana*: Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias, recogidas y ordenadas: 3 tomos en 8º mayor.

—— Coleccion de Novelas escogidas, compuestas por los mejores ingenios Españoles: 8 tomos en 8º que comprenden la Adriana: los Sivaritas: Hipólito, y Etervina.

Historia, ó Memorias de Tippo-Zaib, Sultan del Masur, ó Vicisitudes de la India en el siglo XVIII: 2 tomos en 8º

*Cervantes*: Vida y hechos del Ingenioso Caballero D. Quixote de la Mancha: 6 tomos en 12º con láminas, y sin ellas.

*Montengon*: la Eudoxía, hija del Capitan Belisario: 1 tomo en 8º

*Colomer*: El Valdemaro, novela moral: 2 tomos en 12º nueva edicion: con dos láminas finas.

—— Vida del Jóven René: 1 tomo en 8º con una lámina fina.

— Sor Inés: novela moral: un tomo en 8º

Voz de la Naturaleza. Coleccion de anécdotas, historias y novelas, tan agradables como útiles á toda clase de personas. Nueva edicion, corregida y aumentada con la novela moral, titulada: El Sensual por Sistema, y Padre Criminal desengañado: 8 tomos en 12º

*Saint-Pierre*: Pablo y Virgínia: nueva edicion: 1 tomo en 8º con 6 láminas finas, grabadas por D. Vicente Peleguer.

*Lichtfield*: la Carolina: 3 tomos en 12º

La Matilde, ó el Subterráneo: 3 tomos en 8º

Victorina, ó la jóven desconocida: 1 tomo en 12º

Amelia, ó los desgraciados efectos causados por la demasiada sensibilidad: 1 tomo en 12º

La Filósofa por Amor, ó cartas de dos Amantes apasionados y virtuosos: 2 tomos en 8º

Los Ilustres Ingleses; historia familiar: 3 tomos en 8º

*Chateaubriand*: Atála, ó los amores de dos salvages en el desierto: 1 tomo en 8º

Cartas de Isabela Sofía de Valiere: 3 tomos en 8º

El nuevo Robinson, historia moral, para instruccion de los niños, 2 tomos en 8º

El Cementerio de la Magdalena, tercera edicion, notablemente corregida, mejorada, y añadida la vida de Luis XVI: 4 tomos en 8º con 4 láminas finas de nuevos dibuxos.

*Florian*: Gonzalo de Córdova: 3 tomos en 8º

—— Novelas morales: 1 tomo en 12º

Obras poéticas de Garcilaso de la Vega: 1 tomo en 8º

Poesías de D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos: 1 tomo en 8º

—— de D. Juan Melendez Valdés: 2 tomos en 12º

—— del M. Fr. Diego Gonzalez: nueva edicion, con 2 láminas finas: 1 tomo en 8º

Fábulas de Samaniego: 1 tomo en 8º

—— de D. Tomás de Iriarte: 1 tomo en 8º

*Cadalso*: Noches lúgubres, nueva edicion corregida y añadida: un tomo en 16º con dos láminas finas.

Mis pasatiempos de fruslería: 2 tomos en 8º

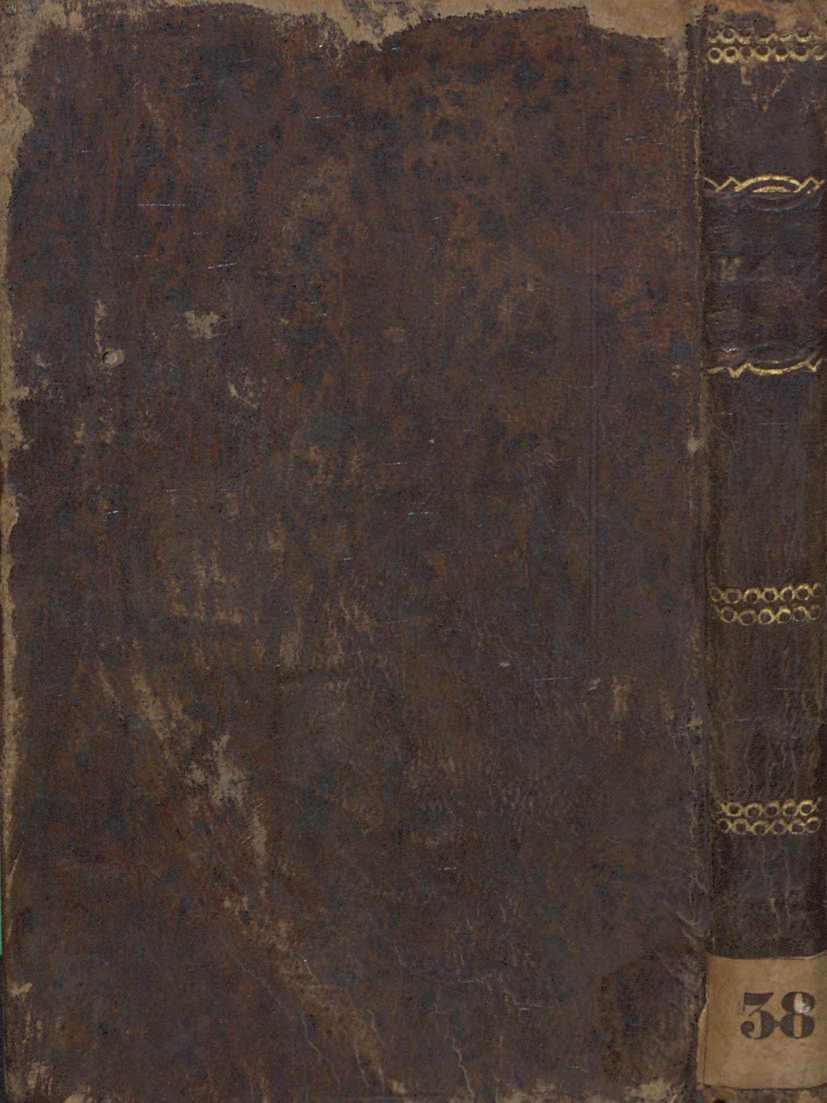
Tardes de la Granja: 8 tomos en 8º con láminas finas.

Y un surtido de 400 comedias y sobre 300 saynetes, por mayor y á la menuda.

Narquet L Vinda

291


EX·LIBR·J·Mª VALDENE-
BRO·HISPAL·BIBL·
A. Barua.


38


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm